3 1761 06631691 0

BRIEF
PN
0024954

SHOUT
SHARE
IT

ESTUDIOS SOBRE EL AMOR

JOSE INGENIEROS

ESTUDIOS SOBRE EL AMOR

CLASICOS DEL AMOR

LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO
22
1979

LIBRARY
OCT23 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

brief
PN
0024954

COMO NACE EL AMOR[1]

I. — El sentimiento amoroso

¿Por qué, chica alegre, amaneces triste un día de primavera, y tú, gárrulo joven, te apartas de tus compañeros festivos? El cielo no ha empañado su tranquilo azul, la brisa trae los blandos murmullos de siempre, el sol pone su beso de luz en las corolas del jardín; nada ha cambiado en torno. Sin embargo, todo lo que ayer anhelaba vuestra curiosidad y vuestro interés, se ha vuelto fastidioso. Tú, eterna Eloisa, descuidas el bordado; tú, audaz Abelardo, cierras los libros. El cariño del hogar, la cháchara de los amigos, el perfume de las flores, todo os tedia y entristece sin que oséis avanzar una explicación de vuestra melancolía. Vano fuera preguntaros el misterioso por qué; lo sentís hondamente, pero tanta es su vaguedad, que no sabríais definirlo con palabras. Es fiebre de la imaginación, secreta inquietud, ansiedad indefinida que alternan el deseo y la esperanza... Vuestra madre — sólo Ella — os leyó en las ojeras que no habéis dormido y sospecha la causa de vuestro repentino aturdimiento; también ella ha sufrido, en días lejanos, esa primera congoja del corazón inexperto, y os comprende. Calla porque sería imprudente complicar vuestro estado; si es tierna y sensible, aparta sus ojos

---

(1) Conferencia que formó parte de un curso sobre psicología de los sentimientos, dictado en 1910 en la Facultad de Filosofía y Letras.

de los vuestros para que no le veáis brillar entre las pestañas su mejor lágrima, y después, sin una pregunta, cómplice muda, acaso os besa la atormentada frente... ¡Madre! ¿Quién puede, como ella, adivinar cuando nace por vez primera el amor en el corazón de sus hijos?...

Como nace, ¿quién lo puede prever? Nace de mil maneras según el temperamento, según la experiencia sentimental, según la oportunidad. Ora de pronto, audaz, como la mariposa que sale volando del capullo donde el instinto fortaleciera sus alas; ora lentamente, tímido, como pichoncito de alondra que necesita alimento y calor antes que pueda volar. Y cuando no es el primero, el amor renace más alado y sereno de vez en vez, perfeccionando otros amores ya sentidos, aprovechando la pasada experiencia para aumentar la belleza de los nuevos amores. Pues no es creíble que la eclosión primera del sentimiento sea la más intensa, aunque es seguro que el primer amante no se olvida jamás.

Con repetir que el amor es tan antiguo como la humanidad no se explica cómo nace en las personas que se enamoran. Sabemos que es diversamente sentido y pensado por cada uno, no existe "un amor", sino tantos "modos de amar" como personas. Los que disertan sobre "el amor" abstraen en un puro concepto los atributos comunes a los sentimientos de todos los que aman; los "enamorados", distintos por su temperamento y por su educación, son la única realidad que interesa a los psicólogos. El sentimiento amoroso es una experiencia individual, formada sobre tendencias instintivas; tibio en éste, en aquél vehemente; en uno corre en lágrimas, en otro asoma en sonrisas. Ora a flor de piel, ora incisivo y hondo, dentro de la unidad del género, cada amor que nace tiene una individualidad inconfundible. No hay amor, sino amantes; y en cada

uno de éstos, los amores que pueden sucederse son distintos.

Andaríamos errados, por ende, si supusiéramos que el amor apareció alguna vez en la humanidad ornado ya por los atributos con que nace en cada uno de nosotros; ni es siquiera admisible que el hombre primitivo fuera capaz de amar con tanta nobleza y refinamiento como los hombres de los tiempos modernos.

Bastaría para ello comparar tres leyendas, cada una de las cuales nos muestra el amor en una etapa distinta de la civilización. En la primera es un puro accidente físico, en la segunda un clamor de los sentidos, en la tercera un suplicio de la imaginación.

Escuchad de qué manera la Santa Biblia relata la primera "unión libre" que se efectuó en la humanidad; aunque simbólica, no carece de picardía. En un huerto que en el Edén formara el complaciente Jehová, paseaban Adán y Eva, inocentes, sin avergonzarse de su casta desnudez; comían los frutos de todos los árboles, menos de uno, que no podían saborear sin castigo de muerte. La astuta serpiente dijo, empero, a la mujer; "no moriréis" y "en el día en que de él comiéreis serán abiertos vuestros ojos; y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal". La tentación no pudo ser más sencilla, "y vió la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era deseable a los ojos, y el árbol de codicia para entender; y tomó del fruto, y comió, y dió también a su marido, y comió con ella". En realidad, no podríamos decir que en Eva y Adán nació amor, ni sentimiento alguno; seríamos injustos si los culpáramos de ligereza, ya que el Señor había dispuesto que la serpiente administrara a su modo el sacramento del matrimonio.

No ignoráis lo que pasó: "Y fueron abiertos los ojos de ellos ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera e hicieron delantales". Respetaban, por intuición, las buenas costumbres;

como Eva hubiera aprendido a coser, siendo costilla, fácil les fué conducirse como jóvenes circunspectos y pudorosos. Muy luego Jehová interpeló al hombre, y el verecundo Adán se excusó, alarmado: "La mujer que diste para estar conmigo, ella me dió del árbol y comí". Jehová, que aun no sabía todas las cosas, preguntó a Eva: "¿Qué es esto que hiciste?" Y la mujer, sin dar muestra alguna de arrepentimiento, sólo dijo: "La serpiente me engañó, y comí". (Génesis, Cap. III). Se trata, como veis, de un simple accidente corporal, en que no interviene el sentimiento amoroso; llamadle caída original, llamadle pecado, pero nada nos dicen los sagrados textos sobre la ternura de la primera mirada, del estremecimiento de la primera caricia, el hervor del primer deseo, la angustia de la primera duda. Y nada, tampoco, del tempestuoso ajetreo de la pasión, como si la simbólica pareja primitiva ignorase, antes y después, la tortura de la voluptuosidad y el martirio del aburrimiento.

El pecado original aparece cometido sin amor, sin deseo siquiera. No hay en él esa emoción de placer que perturba a "Dafnis y Cloe" en la inmortal novela que todos admiramos sin saber quién fué su autor. En Cloe nace el amor mirando a Dafnis en el baño y hallándole hermoso; aumenta cuando le escucha tocar la flauta ante su mansas cabras. "Insistió la muchacha para que de nuevo se bañara Dafnis, y mientras tomara su baño, lo veía ella en su desnudez, y no podía impedirse mirarlo y tocarlo. Y luego, ya de regreso a su casa, estuvo pensando en Dafnis desnudo, y este pensamiento era un comienzo de amor. No tardó en no interesarse por nada, ni en pensar en algo que no fuese Dafnis, y ya no habló más que de él. — Lo que sentía no hubiera podido ella decirlo, por no ser sino una pobre campesina que jamás había visto nada y que ni siquiera había oído pronunciar la palabra amor. Mas, sentía como una angustia, y a pesar suyo se llenaban

de lágrimas sus ojos. Se pasaba los días sin tomar alimento, las noches sin conciliar el sueño; tan pronto se reía como lloraba. Si alguna vez llegaba a dormirse, pronto despertaba sobresaltada. A veces palidecía, y de repente se empurpuraba su rostro" Es una página de psicología, como véis. El amor nace por los sentidos, pero llega a la imaginación. Y el sencillo Dafnis procedió cuerdamente al aceptar de Licenión, mujer joven y bella y fina además, aquella primera lección de amor que ningún joven puede leer sin escalofríos.

Comparad esas dos leyendas, sin embargo, con la apasionada Manón y Des Grieux, dos amantes modernos. ¿Por qué la han cantado cien poetas y la han melodizado los músicos? Porque narra un amor doblemente humano por la imaginación y por la sensibilidad de quienes lo sienten, tan lleno de sinceridad que ningún Catón le rehusa una piadosa simpatía, ni niega perdón a sus debilidades y desdichas. El azar los junta, es cierto, pero Manón y Des Grieux tienen ya los mismos ensueños, las mismas quimeras. La chicuela soñadora ha dejado el hogar cuando sus padres, para substraerla a los peligros, la creían madura para enterrarla viva en un convento; y Des Grieux es un chicuelo también, y prefiere como ella los encantos de París a los rezongos de pelucones envejecidos. Su amor nace a la ligera, es verdad, pero nace por una coincidencia de ideales. El joven caballero bebe con toda la sed de sus años la dulce miel en los labios de la fresca moza, tan fresca que parece estar su corazón en un perpetuo alboroto de primavera. Pero, ¡ay!, no es el comienzo de un idilio sereno; viva llama enciende sus corazones, y con llamarada tan fuerte que les impedirá detenerse en mitad de su camino de tormento. Llegan horas tristes y ruedan los dos por innobles senderos. En vano luchan por separarse; la sed de amar los junta de nuevo, una vez, otra vez, y cada derrota moral de uno es una apasionada victoria del otro.

Manón desafía todos los riesgos, holla todos los prejuicios. Cuando él busca refugios en brazos de la fe, Manón lucha contra Dios mismo, le disputa su amante, se lo quita; y a la vez que le cierra para siempre las puertas del paraíso, el cielo le abre de par en par las del infierno en la tierra. En cada momento de sus vidas hay algo misterioso que presagia un mañana más incierto; tropiezan con cien obstáculos, afrontan mil pruebas, en un **crescendo** terrible que mezcla en su pasión la ternura de lo patético y el terror de lo fatal. Nada en la vida logra entibiar el fuego que los devora; separación, miseria, vergüenza, traición, cárcel, destierro, nada, nada puede contener la avalancha en que parecen rodar sus corazones. La muerte, sólo la muerte detiene lo que nada en la vida pudo extinguir y amenguar...

Llamadle pecado, si queréis, como al bíblico; pero observad que aquí lo insignificante es el accidente físico, y lo esencial el sentimiento amoroso. ¿No os parece que la experiencia sentimental de infinitas generaciones hace nacer al hombre moderno con un instinto en que se resume y lo perfecciona la capacidad de amar de todos los antepasados? Por esto el amor nace diversamente en cada época y en cada pueblo; todas las personas no muerden con la misma sencillez la clásica manzana, la primera vez.

II. — La personalidad sentimental.

Decía Menandro que todo es misterio en el amor, y se preguntaba: "¿de dónde viene? ¿cómo nace?". Algunos filósofos de aquel tiempo pretendían descifrar el enigma de su origen, mientras daban los poetas en cantar sus delicias y sus penas; ninguno, empero, hallaba respuesta satisfactoria a la pregunta: ¿cómo nace? De la **admiración a la belleza,** creían algunos; del **placer de la posesión,** argüían otros. Los refutaba Plutarco diciendo que no nacía por la vista ni por el deseo; que si naciera por la vista, amarían todos a la

misma mujer, la más bella; y si del placer de la posesión, no se explicaría cómo, de dos hombres que han poseído la misma mujer, el uno la huye y el otro la adora.

En estos términos, el problema estaba mal planteado; era inverosímil. Así como no hay amor, sino enamorados, psicológicamente no hay belleza ni placer, sino cosas bellas para el que las admira y placeres para el que los siente. Es lógico pensar que la semejanza de herencia y de educación puede formar en cada sociedad un concepto abstracto de la belleza y del placer, más o menos común a todos los individuos, pero que sólo por accidente podría esa semejansa ser absoluta. Cada persona tiene su canon de belleza y de placer, que puede no coincidir con el de los demás. En cada hombre, en cada mujer, el sentimiento amoroso suele ser despertado por excitantes diversos y desarrollar en varias formas las desiguales inclinaciones instintivas.

Esas inclinaciones, educadas por la experiencia, constituyen en el individuo su particular **personalidad sentimental**; de acuerdo con ésta nace el amor, y es infinitamente varia la situación de cada persona frente a las posibles manifestaciones de su sentimiento amoroso.

Cuando esa personalidad está definida, el hombre o la mujer tienen ya un ideal, están en sazón para enamorarse de cierto modo y de ningún otro. Esa capacidad **de amar**, aunque algunas veces no es consciente, muéstrase con frecuencia ardorosa, manifestándose por la **necesidad de amar**. Quien tiene un ideal formado posee confianza en sí mismo, está seguro de que en el momento de peligro no sentirá miedo de amar. Una palabra, una mirada, un gesto, si provienen de una persona que responde al propio ideal, bastarán para despertar el sentimiento amoroso; el canon favorablemente predispuesto, no opondrá resistencia a quien llega donde le esperan. Esta es la explicación menos im-

probable de ese "amor que repentinamente se inspira o se concibe", según define la Academia el **flechazo**; los franceses del siglo galante le llamaban "coup de foudre".

Mientras la personalidad sentimental no está formada, se carece de ideal. El corazón anda a tientas, no sabe lo qué espera, duda, cuando una dulce palabra apresura sus latidos; ignora de quién preferiría enamorarse, ¿de don Juan o de Werther?, ¿de Manón o de Susana? La **incapacidad para amar**, acompañada por la falta de confianza en sí mismo, impide que se manifieste con plenitud la necesidad de amar. Tienen **miedo de amar**, se defienden de lo desconocido; y ese legítimo temor sólo puede ser vencido provocando la formación del ideal ausente, después de angustiosos conflictos entre la esperanza y la duda. Requiere, como veremos, una larga autosugestión imaginativa, comparable con los envenenamientos que suele sufrir el organismo, lo que vale el nombre de **intoxicación sentimental.**

En dos situaciones distintas pueden, en suma, encontrarse las personas frente a la oportunidad de amar. En las que tienen ideal definido, plena capacidad, nace el amor sonriente jubiloso, con la misma espontaneidad con que cantan los pájaros saludando un risueño amanecer. Acuden presurosas al unísono llamado de la imaginación y de los sentidos; la **necesidad de amar** las **guía** y ellas se dejan arrastrar confiadamente, porque el amor lleva implícito el deseo de complementación y reciprocidad. En las personas que no tienen ideal definido ni capacidad de amar, las más insignificantes circunstancias conviértense en trabas para que nazca el amor; las domina el **miedo de amar.**

Recuérdese que hemos distinguido el sentimiento amoroso del puro deseo instintivo. El proceso íntimo del amor que nace consiste en un trabajo imaginativo encaminado a modificar la imagen del ser amado para

acercarla al ideal preexistente, si hay flechazo, para adaptarla al que se va formando, si hay intoxicación. El análisis psicológico de ese proceso fué admirablemente realizado por Stendhal, que lo llamó "cristalización", definiendo a una feliz analogía que ciertamente no conocéis; no hizo, empero, un distingo necesario entre la cristalización en el rechazo y en la intoxicación.

Cuando el ideal está formado y hay necesidad de amar, la cristalización es rápida e inmediata, pues la imaginación sólo necesita adaptar la persona real al ideal que preexiste. En cambio, si no existe ideal y predomina el miedo de amar, la cristalización es lenta y agitada, tocando a la imaginación elaborar el ideal ausente.

El sentimiento que nos proponemos analizar nada tiene de común con el amor propio egotista y egolátrico; necesita complementación, exige reciprocidad. Se ama porque se desea ser amado; a todo el que da un beso le gustaría recibir tres.

Si dos personas tienen un ideal semejante, el amor nace en ellas al mismo tiempo; se produce el doble flechazo; si la una tiene el ideal y la otra no, puede haber flechazo en aquélla e intoxicación en ésta, obrando la una activamente para despertar en la otra la formación del ideal que le falta; el amor puede ir naciendo en los que carecen de ideal sobre la base de otro sentimiento común, y en muchos casos la sordina, por simple fuerza de la costumbre, por gratitud, por complicidad en el placer. La comunión de los espíritus despierta los sentidos desde la imaginación; la comunión de los cuerpos despierta la imaginación desde los sentidos.

III. — La necesidad de amar

Santas palabras, tres veces santas por su elocuencia, mil veces santas por su sinceridad, las que escribió Te-

resa de Jesús, la erótica pitonisa del misticismo sentimental: "No temo al infierno por sus penas, sino porque es un sitio donde no se ama". Para admirar la intimidad perfecta de la imaginación con los sentidos, es necesario leer las páginas de esta dulce Safo cristiana, más mujer que Eloísa por la voluptuosidad, más mujer que Manón por el sentimiento. En ella, todo es emoción profunda, sensibilidad refinada; por eso no la comprenden las niñas, que sólo tienen ojeras cuando beben vinagre, ni las que necesitan morderse los anémicos labios para empurpurarlos de vida.

La necesidad de amar no es amor todavía; prepara su aparición, es capacidad de amar. Se forma sobre las tendencias heredadas, que componen el temperamento, por obra de la experiencia; aparece cuando el ser entra en la plenitud de su desarrollo.

Es una tensión completa de todo el organismo, concebida por los fisiólogos como una variante de las funciones particulares. Es un estado de actividad especial que influye sobre todo el ser, reflejándose en los centros nerviosos más evolucionados y despertando en ellos sentimientos extraños.

Esos síntomas, que todo hombre o mujer normal recuerda haber sentido, límitanse a anunciar la representación psicológica de esa función nueva, cuyo objeto esencial es la conservación de la especie. Aparece inesperadamente. Suele revelarse por una inquietud vaga, perturbadora, cuya causa no se adivina y cuya finalidad no se presiente. Provoca estados afectivos indecisos, turbaciones indefinidas, malestar, intranquilidades. Es, ya, madurez para el amor. Domina toda la psicología de los jóvenes, poniendo cierta melancolía en los espíritus propicios al ensueño; la juventud que viene parece entristecerse por la niñez que se va. Se pierde la noción de lo real, germinan romanticismos, se busca la soledad y la penumbra, las noches se alargan por la imaginación exaltada e insomne, ocurren imprevis-

tas oscilaciones del humor, del gusto y del carácter.

En su hora oportuna esos movimientos orgánicos y sensaciones internas repercuten sobre la conciencia, traduciéndose por una emotividad especial en presencia de los individuos del sexo opuesto. Nace incomprensible y veleidosa, mezcla de enigma y de quimera, sin más razón aparente que su propia sinrazón; después se organiza, define sus contornos, impone actitudes y orienta la conducta. En el hombre llega a precisarse como deseo de conquista y en la mujer como pudor defensivo. Voluntaria e involuntariamente, el organismo dispone sus elementos para la elección afectiva que encauzará sus nuevas funciones: formarse un ideal en cada sujeto, teniendo a sintetizar inconscientemente en él las cualidades complementarias más aptas para la procreación de seres biológicamente superiores.

Ese ideal, por su tendencia a la acción, se convierte poco a poco en idea-fuerza y se manifiesta como necesidad de amar.

La formación del ideal es un proceso previo, obra exclusiva de la imaginación; su resultado es definir anticipadamente un concepto abstracto de la persona que podrá provocar el amor; el que tiene un ideal sabe ya lo que amará, está listo para amar. No se crea que esa formación del ideal pueda ser obra pura de las tendencias instintivas, como podría suponerse interpretando mal la leyenda bíblica; no basta, generalmente, que la astuta sierpe ofrezca la manzana para que Eva la muerda impulsada por el instinto. La personalidad se forma por la convergencia de todos los sentimientos adquiridos en el curso de la existencia, predominando algunas veces los estéticos, otras los morales, otras los intelectuales, o bien alguna predilección particular, de las mil que complican nuestra conducta. En unos la ternura o la simpatía preside a la constitución del ideal, en otros un concepto imprevisor y romántico de la vida, en éstos la admiración por la belleza plás-

tica, en aquéllos la misma atracción de la armonía física, o el respeto por las virtudes firmes, o la admiración por la excelencia intelectual. Hay también bajos ideales, fruto de una malsana educación, que desvían el amor de sus nobles objetivos y subordinan la capacidad de amar a venales convenciones del matrimonio.

En cualquiera de esos casos, puesto que un ideal preexiste, el sentimiento puede nacer de pronto en presencia de una persona que lo satisface. Es el **flechazo,** el "coup de foudre".

IV. — El flechazo

En una hora, en un minuto, puede jugarse el destino de vuestro corazón. Cuando la personalidad sentimental está madura y definido el ideal, es imposible defenderse del que llega y parece concordar con él; no quedan resquicios de razón para criticar sus otras cualidades. La necesidad de amar es tan poderosa que excluye el miedo de amar, de cuyo contraste dependería la posibiliad de la defensa. Sin ese miedo no cabe prudencia y parece inútil defenderse; si el que llega es, precisamente, el esperado, ¿para qué resistirle? El proceso es de impulso y de confianza; el flechazo se acepta como una dulce fatalidad. No teme el dolor ni la desilusión el que cree llevar en sí suficientes fuerzas para vencerlos.

El canon de belleza es una opinión personal y consideramos bello todo lo que nos causa placer. No sólo es belleza la que percibimos por la vista, sino la que entra por cualquiera de los sentidos, y aun la que impresiona gratamente nuestros sentimientos o nuestra imaginación. Una dulce voz puede dar a éste más placer que un bello rostro; el otro preferirá una inteligencia aguda a una torneada cadera, y los hay más sensibles al tacto de una suave caricia, a la contemplación de una firme virtud. Cada persona siente el

placer de acuerdo con sus medios de percepción; y como éstos varían, todos no ven igual belleza en las mismas cosas. Cuéntase que un día, a un tonto que negó beldad a la Helena de Zeuxis, le respondió Nicomaco: "Toma mis ojos y te parecerá una Diosa". Lo mismo podría decir el enamorado de una mujer que a los demás parezca fea.

La posibilidad del flechazo depende especialmente de la primera impresión; toda promesa de placer despierta una proporcional emoción de belleza. Para Don Juan, en cuyo amor predominan los sentidos, es bella de primera impresión la mujer que alienta con una sonrisa los pequeños riesgos de la conversación, que piensa en los placeres físicos y lo deja transparentar en su mirada cuando se habla de ellos. Werther, que siente el amor de imaginación, encontrará más belleza en la vaga melancolía, en el pudor tímido, en la falta de plasticidad, en todo lo que desmaterializa la persona real y la esfuma hacia su ensueño.

Generalmente es necesario que la fealdad física o moral no sea mayor que la cualidad atrayente, pues la desproporción estorbaría el flechazo; pero, aun así, la cualidad única, si es excelente, puede triunfar de sus contrarias. Hay dotes morales e intelectuales que suplen con creces a la fealdad y la hacen invisible; de las cualidades físicas no puede decirse que la belleza del rostro sea por todos la más apreciada, pues hay quien prefiere la del cuerpo. Suele estimarse mucho más la expresiva sensualidad de una Afrodita imperfecta que el mudo encanto de una helada Vestal.

El flechazo puede ser unilateral; muchas veces el enamorado no es correspondido de inmediato, porque él no satisface el ideal de la persnoa a quien ama, o porque ésta no conoce aún su propio ideal. En el primer caso es inútil luchar contra imposibles, por más que diga el poeta: "Amor che a nullo amata amar perdona" en el segundo queda la esperanza de provocar

en la persona amada una intoxicación sentimental, haciendo que surja en ella un ideal adaptado a la realidad que se le ofrece. No existe más "arte de hacerse amar" que las pocas páginas preciosas incluídas en el clásico "Arte de amar", de Ovidio.

Prodúcese el doble flechazo cuando se encuentran dos personas que son, cada una, el ideal de la otra. No es raro, en seres de inteligencia aguda y de fresca espontaneidad sentimental, máxime si distinguimos el sentimiento amoroso del contrato matrimonial. El deseo de casarse es independiente de la necesidad de amar; personas hay que se casan sin tener ideal y otras que por casarse lo sacrifican. Alguien ha dicho que es más moral pertenecer a una persona a quien se adora desde hace tres, que sacrificarse a otra desagradable después de escuchar tres latines ante un altar.

* * *

El flechazo doble nos permite comprender el nacimiento repentino del amor en el primer acto de "La Boheme", cuyo libreto de ópera aventaja en emoción a las traviesas escenas originales de Henry Murger. En la novela, Mimí aparece por accidente y no sabemos cómo se enamoran ella y Rodolfo; en la ópera, la mitad del acto primero está consagrada a mostrarnos cómo nace el amor en dos corazones que lo esperan conforme a un mismo ideal.

Mientas Rodolfo, el poeta, escribe, llaman a su puerta. Es Mimí, su vecina; viene a pedirle luz, pues el viento helado apagó su candil en la escalera. Tose por la fatiga, palidece, un vahido la turba; Rodolfo la consuela, le ofrece calor de su fuego y cordial de su copa, admirando su belleza. Ella enciende su luz, agradece y se retira, dejando a Rodolfo impresionado... Apenas traspone la puerta, vuelve: ha perdido la llave. El

viento, cómplice, apaga en tanto su luz y después la de Rodolfo, quedando a obscuras. Rodolfo cierra la puertas y los dos se ponen a buscar la llave, a tientas; él la encuentra y la oculta; siguen buscando, buscando, hasta que sus manos tropiezan como blancas mariposas ciegas.

Rodolfo la ase; un ¡ah! de sorpresa de ella, y él, sintiendo la manecilla tan fría, le pide permiso para calentarla entre las suyas. Es inútil seguir buscando en la obscuridad; suerte que es noche de luna y que la luna está vecina de quienes moran cerca de los tejados. Mientras esperan, Rodolfo le dice quién es, qué hace, cómo vive. Poeta, escribe y vive pobremente, con la riqueza de sus rimas de amor, llenando su alma de ensueños y quimeras; a veces dos ojos ladrones vienen a saquear su cofre; esta vez han entrado con Mimí, pero una dulce esperanza le consuela del robo... ¿Ella? flores, cose, vive sola y feliz en su buhardilla, haciendo. La llaman Mimí, aunque su nombre es Lucía. Borda lirios y rosas. La encantan todas las cosas que tienen dulce imán, que hablan de amor, de ensueños, de quimeras, todo lo que embriaga con perfume de poesía. Al llegar la primavera que funde las nieves, allí recibe el primer sol, cuando en Abril se abre una rosa, ella aspira con ansia el aroma de sus pétalos, porque las flores que sus manos bordan no tienen perfume...

¿Qué más? Rodolfo descubre en el rostro encantador de su dulce vecina el sueño que quería siempre soñar, siente su alma turbada por suprema embriaguez y advierte que en su boca palpita ya el amor; Mimí nota que las tiernas palabras han penetrado dulcemente en su corazón, donde el amor es dueño único y solo. Se besan; se pertenecen ya. Salen juntos del brazo; se aman; ¡amor, amor!

Dejadme deciros que tenía veinte años cuando escuché por primera vez la ópera de Puccini; la he oído cien veces, después, y nunca sin que la garganta se

me anudara al terminar el acto tercero, nunca sin que una lágrima turbase mis pestañas en el final del cuarto acto. Mis gustos musicales son otros; pero es tanta la poesía del libreto, tanta la expresiva riqueza emocional de la música, que puede pronosticarse a la obra el privilegio de no morir con su autor.

* * *

Digamos, sin reserva, nuestra admiración por el finísimo análisis del nacimiento del amor, en que revela Stendhal una agudeza psicológica no común. En "De l'amour" le consagra el segundo capítulo y distingue en él varios movimientos o períodos: la admiración, el deseo, la esperanza, la aparición, período inicial de la cristalización, la duda, segunda cristalización.

Es visible que las primeras etapas constituyen un proceso único: la admiración provoca el deseo y éste despierta el sentimiento amoroso si le acompaña la esperanza; en desear lo que se admira y en tener la esperanza de alcanzarlo está la clave del amor que nace. Todo ello, hasta la primera cristalización, se sucede en brevísimo intervalo en el flechazo; el proceso termina allí cuando la necesidad de amar es más fuerte que el miedo de amar. Las etapas finales señaladas por Stendhal, la duda y la segunda cristalización, solamente se observan en el lento proceso de la intoxicación sentimental.

Sin restar méritos al fino análisis stendhaliano, fundamos esta distinción en un hecho sencillo. En el flechazo los períodos de duda y cristalización son previos, han servido a la formación del ideal; el amor preexiste virtualmente y sólo espera la ocasión de nacer, convirtiéndose de virtual en real. En la intoxicación, el ideal se forma después del deseo y de la esperanza, pasando por la duda y por los trabajos de la segunda

cristalización. El flechazo es la coincidencia de las circunstancias con un ideal; la intoxicación es la formación de un ideal en torno de las circunstancias.

La primera impresión la produce la vista, el tacto, el olfato, el oído: bellos, ojos, formas puras, perfumes gratos, voz seductora. Cualquiera de esas sensaciones despierta una emoción agradable y contiene una promesa de placer; la persona impresionada juzga la cualidad impresionante como una forma de belleza. Ayudan a ello la sorpresa y la receptividad del que se enamora, circunstancias acentuadas por la edad en que despierta la necesidad de amar. Mil pequeñeces favorecen la admiración, y ésta, si es viva, estimula el deseo de la posesión y alienta la esperanza de satisfacerlo.

No siempre sigue el deseo a la primera impresión. Se puede admirar sin desear; el deseo se funda en la posibilidad de provocar un sentimiento recíproco. Hay casos en que juzga imposible; el anciano que ve pasar una linda moza la admira, pero no llega a desearla. Otras veces se entrevee la posibilidad de ser correspondido; entonces el deseo puede ser seguido por la esperanza.

El deseo lleva implícito un juicio de posibilidad; la esperanza, en cambio, es un cálculo subsconsciente de probabilidades. La mente se entretiene en medir las perfecciones que atribuye al ser amado, comparándolas con los propios méritos; ¿lo merezco? ¿no lo merezco? son las preguntas que se formula con inquietud. Ese es el momento más fervoroso y el más pequeño grado de esperanza basta para el nacimiento del amor. No importa que ella falte después de pocos días; si el amor ha nacido, persiste.

En las personas que tienen necesidad de amar es muy fácil el nacimiento de la esperanza, sobre todo si no han tenido contrastes que disminuyan su fe optimista. En cambio, los incapaces de amar, llenos de miedo, desconfiados, son más difíciles al nacimiento de

la esperanza y sólo llegan a tenerla después de dificultades que inician el proceso de la cristalización. De todas maneras, en cuanto la esperanza se define, el amor por flechazo ha nacido; si no se define, el miedo de amar inicia la lucha terrible entre la duda y la esperanza, que se resuelve por la intoxicación sentimental.

V. — El miedo de amar

Cuando se les presenta la oportunidad de amar, no todos los hombres se embelesan como Rodolfo, ni todas las mujeres se rinden como Mimí. Muchos no pueden sentir el flechazo porque aun no tienen ideal; les falta ese grado de madurez que constituye la capacidad de amar; ignoran la vehemente expectativa de la imaginación y de los sentidos que en la hora oportuna convierte en sentimiento efectivo la virtual necesidad de amar. Sus corazones a nadie esperan, no saben si alguien vendrá; la duda y la desconfanza los asaltan ante la oportunidad, provocando una resistencia defensiva: el **miedo de amar.**

La primera impresión puede en ellos engendrar el deseo; pero la esperanza contrastada por la duda, no llega a definirse; vacila y tiembla, se apaga y renace, sin cesar. La duda! ¿Tiene mayor enemiga la esperanza? El corazón se inclina a juzgar con pesimismo las razones que ayer le daban alas. En vano busca refugio, en nada halla consuelo.

Si el tímido es un tierno Werther, ningún placer le distraerá de su sufrimiento; su misma incapacidad de amar le apartará de otras mujeres, prefiriendo creer que la esquiva le amará un día a recibir los placeres que cien le ofrecen.

Tras dos horas de congoja puede tener un minuto de reposo y de esperanza, en que cree ser amado; y entonces, entre alternativas deliciosas y desgarradoras,

se contrae a descubrir nuevos encantos en la persona amada, y se convence de que ninguna mujer podría ofrecerle tanta felicidad.

* * *

La esperanza puede morir en esta lucha, si la incapacidad de amar es tal que impide la formación de un ideal conforme a la oportunidad. Otras veces se afirma; el análisis de los méritos propios y ajenos va tornándose favorable, la desconfianza se disipa y la representación imaginativa del amador se embellece gradualmente. Y poco a poco, sin anunciarse, puede nacer el amor.

Muchas veces la **torpeza de la imaginación** impide que la admiración y el deseo se orienten hacia la esperanza; el que no tiene un ideal formado no sabe lo que puede provocar un amor, no está listo para amar. Las inclinaciones instintivas permanecen en equilibrio instable, poco propicio al nacer del sentimiento amoroso; en este caso la incapacidad de amar no se debe a atonía de los sentidos sino a la torpeza de la imaginación.

Ello suele ocurrir a las mujeres inexpertas, compelidas al placer por los sentidos, antes de que la imaginación haya formado su ideal; no saben lo que desean y quedan cautivas del primer Don Juan que las aprisiona con una palabra o con un gesto. Se dan, pero no aman; sienten la embriaguez de los sentidos y creen, desdichadas, que eso es todo el amor; sorpréndese a veces si su amante se harta de satisfacer su voracidad, y no es raro que en ese momento empiecen a creer que son ellas las que se sacrifican. Se dan una vez, y otra vez, pero cada caída es una desilusión.

Nunca llega a sentir la dulce embriaguez sentimental quien la busca guiado por la voluptuosidad. Pensad en

el calavera vulgar que muere mariposeando en todas las corolas sin cerrar sus alas sobre ninguna; pensad en la joven aburrida que escucha al primer tentador que rompe la monotonía de su vida. ¿Recordáis la triste víctima de Roberto Greslou, en "La Disciple", de Paul Bourget?

El miedo de amar, en esos casos, depende de la incapacidad de formarse un ideal. El sentimiento no puede nacer mientras un ideal no se vaya formando en torno al ser amado, mediante el proceso lento de la intoxicación.

Los amantes platónicos aman, aunque de un amor incompleto. Los místicos sentimentales no aman, divagan. Son dos grupos de un mismo género, sin embargo; los dos miran el amor como un agradable peligro y viven oponiendo a su imaginación la **atonía de los sentidos.** El miedo nace de la falta de sensibilidad; el deseo es, apenas, una coquetería.

En cualquier momento puede el miedo de amar vencer al deseo y entonces el amor no nace, muere en germen. En esos desdichados el deseo es vacilante; hoy avanza, mañana retrocede. Por momentos la imaginación vuela, pero los sentidos no caminan. Hombres apasionados de cabeza, flaquean y se detienen cuando su victoria está más próxima; no se atreven a amar del todo, después de haber principiado a amar. Les falta la confianza en sí mismos, no saben con certeza cuál es su ideal.

En la joven tierna se explica una cierta inquietud de la sensibilidad por falta de experiencia; la de quince años no puede amar con tan bella plenitud como la de treinta. La falta de ideal y la ausencia de criterio crítico, hace suponer a las novicias que el primer deseo fugaz es una pasión y creen que cada festejante encarna su ideal; en todo ello no hay amor, sino juego. Poco a poco, a medida que los sentidos le anuncian la seriedad del juego, templará su imaginación con des-

confianza; amará con menos prisa después, pero con más fuego; el temor le impedirá dar el sí mientras no esté segura de lo que hace; será menos risueña, pero más apasionada.

No tiene, en cambio, disculpa la atonía de los sentidos que aleja a ciertos hombres de la posesión, convirtiendo el amor en solitario deleite de la fantasía o en inocente pasatiempo de vagabundo. Las mujeres desprecian a los hombres de sangre fría y nada las humilla tanto como el recuerdo de un amor incompleto; el que hurta un beso a su novia debe jurar que no lo hará más, pero su novia le despreciará como a un miserable si cumple su juramento. Sobre este punto hay un convenio tácito que data de siglos; hombres y mujeres están contestes en que lo más caballeresco es violar los juramentos.

¡Guay de los miedosos, guay de los cobardes! Ya lo decía Ovidio: 'El que acepta besos y deja lo demás, no merece lo que se le ha dado; después de los besos, ¿qué falta para integrar el deseo? Dejarlo no es pudor, es necedad''. Dura es, por cierto, la palabra del poeta. Digamos, simplemente, que esta incapacidad de amar por atonía de los sentidos es tan grave como la que en otros depende de la torpeza de imaginación.

* * *

Hay quien tiene imaginación viva y sentidos exquisitos y, sin embargo, resiste al flechazo; la admiración y el deseo no bastan para confirmar tan hondamente la esperanza el temor a la desilusión. ¿La oportunidad concuerda con el ideal? ¿Cómo responder a esa pregunta? El miedo de amar aparece entonces como una prudente actitud provisoria, como una defensa ante el peligro de equivocarse. Hombre o mujer, si sólo miran el amor como un puente hacia el matrimonio, se es-

pantan ante lo indisoluble, pues lo es ante la sanción social aun cuando las leyes permitan librarse de su yugo. Si se ama por el amor, sin segundas vistas de conveniencia, la situación difiere para cada sexo. El enamorado sólo anhela saber si agradará; la enamorada pretende seguridades de que la aman, además de desearla. Las pruebas que el hombre puede dar son relativas, siendo la más intensa exponerse al ridículo o comprometer su reputación; las que se piden a la mujer son más seguras, pues no bastan palabras ni caricias. Ella sólo puede dar una prueba, la que, después de dada, no deja nada por dar; y hay grave injusticia natural en esa desigualdad ante la prueba decisiva, única que puede hacer la felicidad del que la pide, suficiente para hacer la infelicidad de quien la da. ¿Cómo sorprendernos de que en ellas nazca el amor más tímido, menos expresivo? Exceptuados los casos en que se explica el flechazo, justo es que ellas reflexionen y no se entreguen ciegamente a la dicha de amar; a su primer movimiento de admiración y de deseo, ellas deben resistir bruscamente, para ponerse en estado de defensa y detener el impulso de la primera impresión. Eso mismo es una garantía de que el sí contendrá una promesa de mayor constancia, pues será difícil apartarse de una decisión tomada después de una larga cristalización.

El caso no es raro. Después de la admiración, del deseo, de la esperanza, no ha habido flechazo ni primera cristalización; el amor no ha nacido por falta de ideal previamente formado. La persona que provoca el amor es admirada porque se le reconoce belleza, el deseo asoma porque su posesión no es imposible, la esperanza surge del cálculo de probabilidades; no se la ama, sin embargo, porque no hay confianza de que sea la persona que debe ser amada, no se sabe si ella corresponde al ideal. Puede que sí, puede que no... Comienza entonces el proceso de la duda. Después que algunos signos han confirmado la esperanza, el ena-

morado vuelve sobre su creencia, la desmenuza, acabando por aumentar la importancia de las dificultades. Algunas mujeres, asustadas por las consecuencias de sus primeras condescendencias, resuelven oponer al avance la frialdad o la ira. ¿Es prudencia, pudor, astucia, coquetería, temor de las consecuencias? Sea cualquiera de esas causas, el resultado es que el miedo de amar se torna más fuerte que la necesidad de amar.

El miedo de amar no presume la castidad. Muchas veces, después de la intimidad, sienten las personas un arrepentimiento legítimo; ello es muy común en las que se aconsejaron de sus sentidos más bien que de su corazón. Tal mujer que hasta ayer creía ciegamente en la sinceridad de su galán, hoy, cuando ya nada tiene que rehusarle, tiembla de él y le sospecha de falsía; su imaginación trabaja para justificar el paso de que no puede ya volver atrás; sus nervios aumentan la inquietud, esos nervios agitados por nuevas emociones saboreadas a hurtadillas; si antes pensaba diez horas en su amante, después pensará veinticuatro. Momento habrá en que reconstruya los instantes deliciosos, prolijamente, minuciosamente; pero en otros se planteará la duda aterradora, siempre la misma: ¿no habrá entregado su mejor tesoro al capricho de un inconstante?

Basta suponer que ese drama se ha planteado una vez en el corazón de una mujer, para no sorprenderse de que guarde para siempre algún miedo de amar. Pero, si amó de veras, no dudéis que vencerá al miedo mismo y amará otra vez. Y como el primer amor es la infancia del segundo, éste será hermoseado por la experiencia de aquél. Cada amante tiene algo que agradecer a sus predecesores.

VI. — La intoxicación sentimental

No desespere el amador ante las dudas de su amada. Su esperanza debe empujarle a insistir con firmeza; piense, si ama de veras, que esa larga inquietud que le humilla suele ser la única gloria de la mujer. Será más amado y mejor amado, en premio a su constancia; venza con amables artes las resistencias, destruya con su fidelidad las creencias adversas, estimule en su amada la formación del ideal que no existe o tuerza en su favor el que ya existía y motivaba su desventura.

Este proceso de intoxicación sentimental corresponde al que Stendhal llamó la "segunda cristalización", consecutiva de la duda. Difiere profundamente de la que corona el flechazo; no se trata aquí de elevar al ser amado hasta un ideal preexistente, sino de formar un ideal nuevo en torno de las cualidades del ser que no amamos todavía. Este modo lento de nacer el amor es habitual en las personas apáticas, prudentes, calculadoras, de edad madura; en ellas la esperanza necesita ser tan grande que resista a la duda. Ocurre lo mismo en las personas que han tenido ya desilusiones dolorosas; no se resuelven a amar, por falta de confianza.

Pero es también el modo de enamorarse contra la propia voluntad de no amar, de **seducido**, en la acepción rigurosa del término. Los que resisten, los que se desesperan, luchan contra una realidad que no concuerda con su ideal. ¿Qué importa si esa realidad es capaz de torcer el ideal? Al que ama la belleza física llega a intoxicarlo una fea; al que ama la virtud, una vil trotera; al que ama el ingenio, una maritornes. En vano se aborrecen los grandes vicios opuestos al propio ideal; hay en la persona temida una pequeña virtud, una chispa de placer, que tienta y atrae. En torno de ese nú-

cleo puede efectuarse la cristalización de un nuevo ideal, capaz de substituir al precedente, convirtiendo en objeto de amor lo que antes fuéralo de odio. Y, por fin, la fuerza de la costumbre; la imaginación se intoxica gradualmente, como el organismo por la morfina.

* * *

Daudet nos ha descrito con mano maestra la lucha contra el miedo de amar, en "Sapho". El héroe de la novela, Juan Gaussin, siente el deseo de posesión y cae en brazos de una mujer que no estima. Carece él de ideal, pero comprende que nunca podrá serlo esa satánica criatura, indigna de ser su compañera. Gusta de ella, pero no la ama; y como sigue deseándola después de poseerla, teme llegar a amarla, aborreciéndola en los momentos raros de reflexión serena. La ha aceptado como instrumento de placer, pero se niega a entregarle su corazón. Poco a poco se acostumbra a necesitar su presencia, hasta considerarla indispensable; más tarde, los hábitos físicos y mentales acaban por torcer definitivamente su personalidad y su carácter: la ama. En vano otros sentimientos egoístas y sociales pujan en su espíritu para vencer el hábito adquirido; en vano la desprecia y se desprecia a sí mismo, sumando cada día una nueva querella a sus motivos de angustia. La intoxicación prosigue, lenta, segura, remachando un eslabón tras otro de la cadena que al principio miró como un oprobio; poco a poco la realidad va construyendo en la imaginación de la víctima un ideal definitivo, haciéndole desear lo que temía, amar lo que le horrorizaba. El no podrá ya vivir sin ella y por tener junto a sus labios la copa que envenenará su existencia se torna capaz de los mayores envilecimientos.

La victoria de Safo nos muestra la derrota de las

personas sin ideal, expuestas primero a obedecer a sus sentidos y más tarde a intoxicar su imaginación, mirando como una razón de vivir lo que antes les pareciera más absurdo.

VII. — El deseo es breve; el amor es largo

¿Amor que pronto nace dura poco? No es cierto; ved a Manón y a Mimí que siguen amando hasta la muerte. Los que piensan lo contrario confunden el amor, que es un sentimiento elaborado por la imaginación, con el simple deseo vulgar de los sentidos; éste, sí, dura poco, y en general desaparece en cuanto es satisfecho. No es lícito llamar amor al deseo, mientras no es seguido de una cristalización. En el flechazo la imaginación trabaja para adaptar la persona real a la imagen ideal preexistente; este proceso es rápido, pero existe. El flechado orna de inmediato con mil perfecciones a la persona que desea; por muy seguro que esté de ser amado, se complace infinitamente en aumentar con la imaginación esa felicidad, descubriendo sin cesar en ella nuevas perfecciones. Este proceso es desconocido en el hombre primitivo, en quien predomina el instinto; aumenta a medida que se refina la cultura humana.

El deseo que no dura es el que ha correspondido a un error del ideal; en la persona que se equivoca, la decepción sobreviene en seguida de satisfecho el deseo. Eso ocurre a menudo con hombres y mujeres cuyos atractivos físicos son superiores a las cualidades de su espíritu; despiertan fácilmente un brusco deseo que por su vehemencia puede parecer concordancia con el ideal; pero después de la posesión, el flechado, libre de la perturbación de los sentidos, recapacita y advierte que ese no es su ideal, que se ha equivocado. ¡Cuántos hombres se apartan de la mujer amada al oir que de

su linda boca salen palabras tontas, como si desenvainara una espada de plomo de una vaina de pedrería! Este es, sin duda, el mejor consuelo de las poco agraciadas, que cuidan más del ingenio y de la gracia, sus armas naturales; las bellas suelen descuidarlas y viven pavoneándose como si ya poseyeran todos los talismanes para cautivar corazones. Las bellas despiertan más deseos en los hombres, pero son menos amadas; el deseo se harta más pronto que el sentimiento. Y es por esto que las feas, si llegan a ser amadas, no dudan del refrán corriente que no necesitamos repetir.

El flechazo más duradero no suele ser el que entra por los ojos, sino el que se insinúa por la inteligencia o por el corazón. Acaso por eso las mujeres bonitas resisten al ruego de los hombres que ellas flechan, comprendiendo que la primera impresión puede no coincidir con el ideal; por eso resisten más, aparte de la natural vanidad que les hace poner sus pretensiones o su ambición mucho más alta que todos sus adoradores. Las de pobre físico, en cambio, se inclinan a sobreponer la emoción a la razón, pues creen que si han gustado, a pesar de su poca gracia, es por cualidades de su espíritu que exponen menos a la desilusión.

Las personas que se quejan de la ingratitud de sus amantes, debieran reflexionar si no son ellas mismas las culpables de que el amor no haya sobrevivido al deseo. Creyéronse dignas de ser amadas cuando sólo merecían ser deseadas. Y no es culpa del ingrato si luego faltaron las cualidades que pudieran alimentar la llama encendida en la primera impresión; ellas se han equivocado al creer que podrían satisfacer el ideal de una persona cuya imaginación exigía más de lo que se le da. Quien sólo tiene miel, no se queje si la inquieta mariposa alza el vuelo después de haberla libado.

Fin de "COMO NACE EL AMOR"

EL DELITO DE BESAR

I. — El problema jurídico

Dar un beso anhelado es poner alas a una esperanza; la gratitud de la persona que lo recibe es eterna. Darlo violentamente, en cambio, puede ser un delito, aunque con frecuencia es perdonable en obsequio al noble deseo que expresa.

Algunas veces, sin embargo, no se perdona; casos hay en que el delito de besar motiva querellas judiciales. Nuestro Código Penal no califica el beso como delito contra la honestidad ni lo menciona entre las injurias o los ultrajes al pudor; las ordenanzas de policía, por otra parte, se abstienen de enumerarlo entre las manifestaciones de escándalo. Pero, aunque no conocemos jurisprudencia al respecto, nos parece indudable que su carácter delictuoso está sobreentendido en determinadas circunstancias.

Besar sin su consentimiento expreso a una persona del sexo contrario, fuera de ciertos casos en que la costumbre, la edad o el parentesco autorizan a ello tácitamente, es un hecho que ofende el pudor y la honestidad, agravado por su ejecución en público. Esta última circunstancia, por sí sola, aun mediante consen-

timiento, puede constituir un atentado a las buenas costumbres, según la forma en que se ejecute el acto de besar.

Prescindiendo del "beso casto", de índole doméstica o amistosa, se comprende que el "beso de amor" puede implicar una incitación o un principio de actos penados por la ley. Dado a una menor, aunque ella lo permita, puede ser preparatorio de una seducción o de un rapto; si ella no lo consiente, es sin duda un atentado a su pudor. Si se da a una mujer casada suele ser el exordio de un adulterio; por el beso se empieza y no es posible distinguir en qué momento la intimidad reviste caracteres delictuosos, como el que narra Francesca da Rimini en los versos del Alighiero: "La bocca mi baciò tutta tremante...". El caso es más simple tratándose de personas viudas, pues saben éstas lo que hacen y dejan hacer; sería difícil, por otra parte, determinar cuándo desean o no que se las bese, pues algunas siguen diciendo que no, mucho después de besar ellas mismas.

Varios delitos comienzan, pues, por el beso. Adviértase que tratándose de un acto, no cabe considerarlo como simple intención; si las hay ulteriores, las intenciones podrían complicar la gravedad jurídica del acto, que es lícito y punible por sí mismo. Los magistrados y la jurisprudencia están contestes para apreciar jurídicamente los actos concurrentes a la seducción o al adulterio; no lo están, sin embargo, respecto del beso. La cuestión es menos clara y parece subordinada a las circunstancias en que se ejecuta el acto de besar.

No podría contestarse la pregunta: ¿el beso es delito? Habría que formular esta otra: ¿cuáles son las circunstancias en que un beso puede considerarse delictuoso?

II. — El beso "casto"

Fácil sería la defensa jurídica del beso confundiendo bajo el mismo nombre dos cosas tan distintas como el beso tierno y el beso erótico; por comodidad los llamaremos, respectivamente, "beso casto" y "beso de amor".

El beso entre amigos o hermanos, el de padres a hijos, el de las despedidas o los encuentros, el diplomático besamanos, son contactos a flor de piel, consentidos por las costumbres domésticas o ceremoniales. El límite de tolerancia varía en los diversos pueblos. Las costumbres regionales establecen diferencias importantes. En muchas ciudades el "beso casto" es permitido a todos los amigos en determinadas fechas, como expresión de regocijo o de agasajo; esto no excluye, sin embargo, que el beso pueda darse abusivamente con intención erótica y ser un verdadero "beso de amor", no exento de complicaciones penales.

El consentimiento tácito sólo puede presumirse cuando está excluída la intención erótica, como en ciertos besos que se envían por carta, olvidando que sabe mejor la fruta cogida en el árbol mismo.

Dentro del parentesco, el beso entre personas de distinto sexo es lícito; las limitaciones no dependen del grado de consanguinidad, sino de la confianza y de la costumbre. Se supone que esos besos son manifestaciones de cariño o de ternura, libres de toda significación amorosa. Pueden, sin embargo, tenerla en ciertos casos, dado que el amor no es imposible entre consanguíneos; entonces se trata de "besos de amor", y, dados sin la anuencia de quien los recibe, son atentados al pudor, la mismo que entre extraños.

La edad es otra presunción de consentimiento tácito. Las personas que pasan de cierto límite — en que se

supone agotado el hervor de los sentidos — disfrutan de privilegios generalmente respetados. Nadie reputa ilícito el beso de un anciano a una doncella; ésta es acaso una de las compensaciones más dulces, a punto de que algún poeta clásico llegó a desear la vejez con ese objeto. Los menores de cierta edad — que se consideran inmaduros para el amor — pueden ser besados con libertad, pues se presume excluída toda intención erótica en quien los besa. La que no siempre es exacta.

Fuera de los casos en que las costumbres, la consanguinidad y los años, implican el consentimiento tácito, todo beso dado a una persona de otro sexo, el beso de amistad suele practicarse como simple fórmula ceremonial, aunque más comúnmente entre las mujeres que entre los hombres; eso no excluye que el beso puede ser un verdadero atentado al pudor si lo acompaña una intención erótica, como es frecuente en los hombres lampiños y las mujeres barbudas.

III. — El "beso de amor"

Entre personas que tienen responsabilidad de sus actos, el "beso de amor", consentido o recíproco, no es delito. Es el gesto más natural entre seres que se aman. Brota con espontaneidad, como chispa que salta al chocarse dos deseos, y en su leve contacto nace una misteriosa corriente de voluptuosidad. La naturaleza misma lo enseña, es instintivo; pero aunque la práctica del beso existe en muchas especies animales, sólo en el hombre lo acompaña un fervor sentimental que determina la compenetración de los espíritus por el simple acercamiento de los labios.

El beso simultáneo es una promesa hecha al deseo recíproco. Más que la mirada, más que el apretón de manos, más que la caricia, más que el abrazo, tiene el beso una secreta inquitud deliciosa, capaz de poner

en tensión todo el organismo y de estremecerlo ansiosamente.

Comentando el primer beso de amor que se dieron Romeo y Julieta, los amantes sublimes, hemos podido escribir: "Quien lo haya dado sabe que la primera vez tiembla tímidamente sobre los labios como el amanecer primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos — prolongado, insistente, interminable — tiene sabor a miel himeta y desciende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania a Isolda y a Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano? Sobre el balcón y bajo la luna se estrecharon muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios recíprocos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas."

Nninguna parte de un cuerpo enamorado es insensible a su provocación; el beso en la cabellera, aun dado en la punta extrema de una trenza, tiene el poder de sobresaltar el corazón. No exageraba Cirano al definirlo:

"...mais à tout prendre, qu'est-ce?
Un serment fait d'un peu plus près, une promesse
Plus précise, un aveu que veut se confirmer,
Un point rose qu'ont met sur l'i du verbe aimer;
C'est un secret que prend la bouche pour oreille,
Un instant d'infini que fait un bruit d'abeille,
Une communion ayan un goût de fleur,
Une façon d'un peu se respirer lo cœur,
Et d'un peu se goûter, au bord des lèvres l'âme!... (1).

Hay, sin embargo, cien clases de besos. Fueron doctos en el arte de besar, Cátulo, Ovidio y Propercio; Marcial, a decir verdad, no es buen maestro, pues sabe de-

(1) De la notable traducción de Via, Martí y Tintorer:
Al fin y al cabo, ¿qué es, señora,
un beso? Un juramento hecho de cerca;

masiado. No copiaremos las antologías eróticas. Nuestros recuerdos de artes nos ofrecen tres arquetipos. El beso admirable de ternura serena que se dan "Amor y Psiquis" en el mármol de Canova. "El primer beso de amor" tímido y desconcertante, que avergüenza a los enamorados en la tela preciosa de Proudhon. El beso turbulento de los paisanos en el "Juramento de Amor" de Fragonnard. Tres besos distintos: beso de la imaginación, beso del corazón, beso de los sentidos; pero un solo fin verdadero, pues todos son besos de amor.

La misma persona que ya consiente un beso en la mejilla, rehusa todavía su boca; si acepta el leve beso de la epidermis, puede no tolerar otros más íntimos; cuando entrega sus labios por un segundo, no está, acaso, resuelta a concederlos por media hora. Por esos justos distingos el beso se presume consentido mientras respeta los límites de cantidad y calidad que están en la intención de quien lo recibe; toda transgresión es abusiva, aunque difícilmente puede reclamar de abuso quien ha consentido el uso sin estipulaciones previas.

IV. — Falta de consentimiento e injuria

Las precedentes consideraciones obligan a pensar que sólo puede ser ilícito o delictuoso el beso dado a una persona que no lo ha consentido, pesumiéndose de hecho

---

un subrayado de color de rosa
que al verbo amar añaden; un secreto
que confunde el oído con la boca;
una declaración que se confirma;
una oferta que el labio corrobora;
un instante que tiene algo de eterno
y pasa como abeja rumorosa;
una comunión sellada encima
del cáliz de una flor; sublime forma
de saborear el alma a flor de labio
y aspirar del amor todo el aroma.

la intención erótica del besador. Desde el punto de vista jurídico la falta de consentimiento sólo es admisible en caso de reclamación inmediata y explícita; la tolerancia dilatoria o la vaguedad del reclamo deben interpretarse favorablemente al besador. Desde el punto de vista psicológico es imposible que el agente pueda tener verdadera certidumbre del consentimiento; el primer "beso de amor" no podría darse casi nunca si se exigiera un permiso expreso y formal. La aquiescencia no suele ser tácita siquiera; la rendición del ser amado es siempre una lucha entre el deseo y el pudor. Es simple cuestión de tacto y de prudencia el saber en qué momento el corazón pide que sí mientras las palabras dicen que no. Equivocarse es una culpa, decían los estoicos; hay que besar en el momento oportuno. El que pretende besar un minuto antes, se expone a violentas resistencias; el que se decide a besar un minuto después, merece que lo desprecien.

El beso no consentido puede calificarse jurídicamente entre las "injurias de hecho". Así parece establecerlo una reciente definición del Tribunal del Imperio, destinada a reparar una laguna del Código Penal alemán, que no preveía el beso y sus efectos legales.

"El beso — dice el Tribunal — es un acto ejecutado sobre el cuerpo de otra persona y presupone su aquiescencia. Sin permiso expreso, sólo puede besarse cuando se presume el consentimiento tácito, como entre padres e hijos, etc. Pero si la persona resiste seriamente — y no por simple formalidad — debe considerar el beso como una violación ilícita de sus derechos personales y como una ofensa a su honor. El que besa en tales circunstancias, se hace culpable de injurias de hecho. Para constituir injuria basta que el beso se efectúe contra la voluntad de la persona besada; no es necesario que ella se considere ofendida."

Nuestro código se presta a una interpretación análoga: "Comete el delito de injuria, el que desprecia,

desacredita o menosprecia a otro... por medio de hechos o acciones que no importen otro delito de más gravedad" (art. 179). Y las injurias son graves cuando "tales acciones... sean tenidas en concepto público, por afrentosas en razón de su naturaleza, ocasión y circunstancias" (art. 180); si no median esas condiciones las injurias son reputadas leves (art. 181).

Puede considerarse que las circunstancias agravantes no deben referirse a la naturaleza misma del beso, sino a la violencia que pueda acompañarlo y particularmente a su publicidad. Es muy raro, en efecto, que una mujer se querelle por un beso recibido estando a solas con el besador; se presume que si ha estado a solas con él mediaba un principio de consentimiento tácito, o por lo menos una imprudencia que ha podido favorecer el error del agente.

V. — Intención erótica y ultraje al pudor

En algunos países se ha planteado la cuestión en otro terreno. La naturaleza delictuosa del beso no dependerá de la ofensa a la persona que lo recibe (delito de injuria), sino de la intención erótica de quien lo da (delito contra la honestidad). Algunos jueces de Italia han sostenido que el beso, por sí mismo, es siempre un "reato di libidine"; pero la Casación se ha opuesto a ese criterio, arguyendo que "es grave error el de equiparar el beso a un verdadero y propio acto libidinoso, capaz por sí solo de procurar la satisfacción de un lúbrico deseo".

Ante esas discordancias de pareceres el Tribunal de Campobasso ha creído necesario puntualizar, en una sentencia, algunas de las circunstancias específicas del delito de besar: "El beso — dice — en su ejecución material no provoca ningún sentimiento repulsivo y en la mayor parte de los casos representa la expresión de

purísimos afectos que, precisamente por su pureza, se satisfacen con la efusión de instantáneo contacto de los labios. Sin embargo, sólo en algunos casos y entre personas extrañas, especialmente si son de sexo diferente, representa un acto libidinoso; no hay duda de que en tales casos el beso es un acto explicable por la satisfacción sexual que acompaña al contacto no consentido, contacto que, precisamente, despierta en el agente aquellas vibraciones de sus apetitos que preludian, etc." Pasando por alto lo que preludian, oigamos la conclusión: "Cuando se piense que por pudor público debe comprenderse no solamente la defensa social contra los perturbadores de la moralidad, sino también el conjunto de aquellas normas que gobiernan el orden y el decoro de las familias, no hay duda que el beso dado a una niña honrada contra su voluntad, no mediando parentesco ni amistad íntima, debe considerarse como una manifestación de carácter erótico y tal que ofende la decencia pública."

Lo característico del delito no sería, pues, la "injuria de hecho" privada, sino la ofensa a la pública honestidad implicada por la intención erótica del agente. No se distingue bien, sin embargo, entre el delito público contra la moralidad y el delito privado contra el pudor de la víctima, punto que no carece de interés jurídico.

VI. — Premeditación y alevosía, como agravantes

Es ciertamente difícil separar en el beso no consentido la "injuria de hecho" del "atentado al pudor". Pero es seguro, que en cualquier caso, deben considerarse como agravantes la premeditación y la alevosía, pues ellas excluyen toda duda acerca del consentimiento de la víctima.

Tenemos en nuestro archivo el caso de un estudiante

ruso, Ivanoff, deportado a Siberia por haber dado un "beso de amor" en circunstancias que sólo le autorizaban a dar un "beso de amistad". He aquí la información escueta, sin comentarios:

"La desgracia de Ivanoff tuvo su origen en la antigua costumbre, vigente aún en Rusia, de dar la bienvenida a los amigos el día de Pascua, diciendo: "¡Cristo resucitó!", a lo que el amigo contesta: "¡Sí, es cierto, resucitó!"; cambiadas estas frases, los amigos se abrazan y besan en público, sin distinción de sexo. Aunque los extranjeros residentes en San Petersburgo no observan esta costumbre, el galante Ivanoff decidió aprovechar la oportunidad para besar a la señorita Lise Alibert, una estudiante francesa, de quien estaba enamorado, sin ser correspondido. En cuanto la joven se sintió entre los brazos de Ivanoff, y acribillada de besos, dió en vociferar con ingratitud; acudió su hermano y a golpes de puño acometió a Ivanoff que, aturdido, disparó un tiro de revólver contra el agresor, sin herirlo. Huyendo del escándalo, el amoroso estudiante se trepó a un automóvil ajeno, obligando al conductor a huir con velocidad loca; y como le siguiera la policía desde otros vehículos, no vaciló en descargar su arma contra los perseguidores. Cuando se agotaron sus municiones, el conductor lo desarmó, entregándolo a la fuerza pública. El proceso terminó con su deportación a Siberia."

Es evidente el carácter ilícito del "beso de amor" dado por Ivanoff a una joven de quien estaba enamorado sin ser correspondido; su defensor no pudo argüir que era el tradicional "beso de amistad" consentido por el uso, desde que fué aplicado a una extranjera que no compartía esas costumbres, circunstancia que Ivanoff conocía demasiado bien. Admitido el carácter doloso de su beso, quedó excluída la alegación de legítima defensa para los actos ulteriores, que se

juzgaron como simples agravantes del delito de besar con premeditación y alevosía.

VII. — Publicidad y escándalo

No basta que el beso sea consentido por quien lo recibe, para que sea lícito. Las costumbres de cada país ponen limitaciones a la publicidad de esta prueba de amor. En muchas ciudades cultas se tolera que dos enamorados puedan besarse reiteradamente en la vía pública, sin que los espectadores se crean ofendidos en su pudor, aunque pueda mortificarlos la envidia. En otras ciudades, como Buenos Aires, el mismo hecho expondría a una intervención policial por escándalo, pues las costumbres harían considerarlo entre las "acciones o ademanes obscenos", que ofenden públicamente al pudor; las ordenanzas vigentes los castigan con multa pecuniaria o quince días de arresto, por la primera vez, doblándose la pena en caso de reincidencia.

Esta disparidad de criterio corresponde a costumbres diferentes y presume concepciones distintas del sentimiento amoroso. Amar es, sin duda, un derecho que no admite limitaciones en el terreno afectivo; pero el beso en público se considera como una provocación ostensible de actos ulteriores, reservados al dominio íntimo. Por esto se considera que el "beso de amor", si se da públicamente, constituye un atentado a las buenas costumbres de los espectadores, aunque sea recíproco y ardientemente deseado por sus ejecutantes.

Una de las Cortes de Casación de Italia ha dictado recientemente sentencia, estableciendo el carácter delictuoso de los besos dados en público, aun entre cónyuges. "Demasiado se sabe que ciertos actos, aunque lícitos y tolerados en privado, como por ejemplo el cambio de afectuosidades entre cónyuges y amantes, si se realizan en presencia de otras personas, y más aún

en sitios públicos, pueden convertirse en actos que lesionan el derecho de cada ciudadano a no ser turbado en su sentido moral, asistiendo a espectáculos inverecundos y capaces de despertar afectos y deseos sexuale, especialmente en los adolescentes, etc." Justa advertencia para los desposados que realizan su viaje de bodas, máxime cuando la belleza de la esposa favorezca el despertar de los afectos y deseos a que se refiere la discreta sentencia.

También aquí hay cuestión de grados. Un epidérmico beso de despedida en una estación, entre dos novios, no mortifica el pudor de nadie; pero un ardiente y prolongado beso en un teatro sería causa de escándalo gravísimo. Son, pues, la calidad del beso y las circunstancias en que se da, las que determinan su carácter de contravención y aun de delito.

Hemos leído que un edicto policial de Nueva York ha establecido lo siguiente: "Todo beso cuya duración exceda de un minuto es inmoral, y, en consecuencia, los agentes tienen el deber y el derecho de interrumpirlo." Forzoso es confesar que no podría exigirse mayor benevolencia en la medida del tiempo.

VIII. — Imprudencia y lesiones

Aun siendo consentido y privado, el beso puede tener consecuencias que lo coloquen entre los actos delictuosos cometidos por culpa o imprudencia. Por su tenacidad el beso puede "afectar la integridad física"; por su reiteración, puede causar una "debilitación general de la salud". En ambos casos se trata del delito de lesiones.

Aquí es más visible la necesidad de estimar cada caso separadamente: todos los besos no son iguales ni tienen las mismas consecuencias para la salud de quien los recibe. No es posible definir qué clase de besos im-

plican "culpa o imprudencia", máxime si se considera que sus efectos dañinos dependen, en gran parte, de la natural resistencia de la víctima; pero es fácil comprender, sin embargo, que sólo pueden ser imprudentes aquellos "besos violentos y apasionados" que describió Lucrecio, con más realismo fisiológico que imágenes de poeta.

Los médicos que han tratado el punto, desde Corsini y Mantegazza hasta Gibbons y Onimus, no dan elementos de juicio para aclarar la cuestión. Un beso, dice prosaicamente el doctor Henri Gibbons, no es más que "la juxtaposición de los músculos orbiculares del orificio bucal en estado de contracción". El doctor Onimus, con criterio más funcional que anatómico, cree completar esa definición con este singular paralelo: "Perdónenme los poetas: pero el acto de besar tiene un singularísimo parecido con la aplicación de una ventosa". Con prosaísmo harto hipocrático divide los besos entres categorías, que apenas osamos transcribir, sin comentario.

"El beo cutáneo, piel contra piel: el beso de los viejos y de los niños que miran ese acto como una simple formalidad, sin comprender su sentido íntimo ni vibrar por su sensación.

"El beso cutáneo-mucoso: cuando la mucosa de los labios es aplicada sobre cualquiera región cutánea: es la alianza de la mucosa y de la piel.

"El beso propiamente voluptuoso, en que las mucosas recíprocas entran en contacto.

"El beso cutáneo es el de la indiferencia; el cutáneo-mucoso es del cariño; sólo el último corresponde al amor."

Lo mismo opinan otros médicos — Witrowsky y Cabanés — excluyendo que los besos puramente cutáneos puedan tener una intrínseca significación amorosa.

Así parece comprenderse en muchos pueblos donde se practica el beso "More colombina", prolongándolo

horas enteras; los etnógrafos dan a esta costumbre el técnico nombre de "Cataglotismo" y el doctor Baudoin le ha consagrado un entero volumen, "Le Maraichinage". Es lógico pensar que esta esgrima, a veces prolongada durante horas, puede causar daños graves a la salud, en personas de emotividad excesiva, y constituir delitos por imprudencia; pero su calificación jurídica varía necesariamente, de acuerdo con las costumbres. Recuérdese que Ronsard describió con bastante picardía el beso "more colombino".

"Puis mettant la bouche sienne
Tout à plant dessus la mienne,
Me mord et je la remors;
Je lui darde, elle me darde
Sa languette frétillarde;
Puis en ses bres je m'endors;
D'un baiser mignard et long
Me ressuce l'âme adonc;
Puis en soufflant la repousse,
La ressuce encore un coup
La ressouffle tout à coup
Avec son haleine douce;
Tout ainse les Colombelles
Tremoussant un peu les ailes
Havement s'en vont baisant." (1).

---

(1) Para la más cómoda comprensión de esta bella poesía, damos la traducción, libre, de R. Cornell:

Luego, pone su boca
bajo la mía ardiente
y el labio en un mordisco se enrojece...
mas, su lengua restaña
la sangre, y me enardece...
y en sus brazos mi amor se desfallece...
un beso, suave y largo, inacabable
el alma me perfuma, y me levanta
soñando en un amor inagotable;
así, cual dos pichones que volaran
y en el aire suspensos se besaran,

Y entre los poetas modernos nadie cantó con más pasión el beso que Gabriel D'Annunzio, en sus versos famosos: "Bocca amata, soave e pur dolente..."

Merecería, sin duda, ser definido con menos vaguedad, pues este género de besos íntimos — ¡honni soit qui mal y pense! — parece ser el que más altera el ritmo del corazón y hace vagar el espíritu en el mundo del ensueño.

Desde el punto de vista jurídico estos besos se presumen siempre consentidos y no es posible mirarlos como causa de "daño intencional"; pero es evidente que practicarlos sobre personas de organismo débil, neuropáticas o hipersensibles, pueden ocasionar "daños en el cuerpo o en la salud", "debilitación permanente que ponga en peligro la vida del ofendido o lo inutilice para el trabajo", "una enfermedad mental", circunstancias que implican el delito de lesiones y deben ser determinadas por peritos médicolegales. Y adviértese que para la ley nada significa el consentimiento, a punto de que la circunstancia de ser "cónyuge de la víctima" se considera agravante, a los efectos de su penalidad.

Podría observarse que tratándose de besos consentidos y recíprocos no es posible considerar culpable a una sola de las partes, aunque los daños consiguientes para la salud hayan sido unilaterales. Sea como fuere, estas prácticas entran en terreno de la patología mental y deben considerarse como formas de masoquismo; implican ya cierta anormalidad de la imaginación o de los sentidos, y pueden, entre otros daños generales, causar intensos estados neurasténicos o la misma alienación mental.

Los higienistas coinciden en que el beso "cataglótico" debe ser declarado responsable de los más nocivos contagios; en el Estado de Nueva Jersey ha sido prohibido como peligro para la salud pública. Sintetizando la cuestión, podría llegarse hasta admitir que

los besos contagiosos debieran determinar una responsabilidad penal por sus consecuencias. Para evitarlas, un doctor Hermann Sommer ha creído conveniente inventar un ingenuo aparatito "que suprime el carácter nocivo de esta diversión, sin destruir su encanto"; se trata de una pequeña pantalla de gasa antiséptica, destinada a filtrar los besos: se interpone entre los labios de los enamorados que desean entretenerse sin peligro. El uso de este ingenioso invento yanqui no se ha difundido; la higiene es clarividente, pero el amor es ciego.

IX. — Conclusiones

Cinco son las circunstancias que contribuyen a determinar el carácter delictuoso del beso:

1°. La coacción, por falta de consentimiento, que implica el delito de injuria;

2°. La intención erótica, esencial para que exista el atentado al pudor;

3°. La premeditación y la alevosía, agravantes de los delitos precedentes;

4°. La publicidad, que implica una contravención a las buenas costumbres, aunque no medie coacción;

5°. La imprudencia, que por los efectos del besar puede constituir el delito de lesiones.

Siendo la "injuria" y el "ultraje al pudor" dos delitos que nuestro código llama privados, la ley exige para su persecución que la parte ofendida inicie la acusación de acuerdo con requisitos y formalidades expresamente establecidos. En cambio, el atentado "a las buenas costumbres" no es delito en este caso, sino contravención por "escándalo", pudiendo ser castigado policialmente sin querella de la parte.

El delito de lesiones "por imprudencia" no es privado sino público; pero, en general, la culpa es leve,

pues "la acción cometida por imprudencia no tiene sino una relación lejana con el resultado", atenuada aun más por consentimiento reiterado y algunas veces por el deseo o la solicitación. Con demasiada severidad podría plantearse una querella por "cooperación al suicidio", aunque esto sólo en el caso de fallecimiento, pues la tentativa no constituye delito.

El consentimiento excluye la injuria y el ultraje al pudor. La dificultad misma de establecer si la víctima ha consentido o no el beso, obliga a resolver la cuestión en favor del acusado, toda vez que el beso no se haya dado en público y contrariando inequívocamente la voluntad de quien lo recibe.

Cuando no hay premeditación, podría alegarse como circunstancia atenuante la belleza u otros atractivos físicos de la víctima. El besador podría argüir que ha sido inesperadamente provocado, sin poder inhibir su impulso de admiración; no podría negarse que la belleza, en cierto grado, puede constituir por sí misma una provocación. Hay bocas, en fin, tan fuertes de tentación que es forzoso olvidar las consecuencias de besarlas; y bien describe su misterioso encanto irresistible el soneto de Góngora, que empieza:

"La dulce boca que a gustar convida..."

Queda, por fin, el problema de la reparación civil del daño causado. En Estados Unidos hay abundante jurisprudencia, casi siempre dirigida a establecer el derecho a la indemnización pecuniaria por todo beso no consentido. Pero es evidente que el daño más importante no es el material, sino el moral que lesiona la honra y la fama; se presume que una mujer besada ha sufrido un perjuicio en el capital teórico de su pureza o virtud. Este daño moral no puede repararse con indemnizaciones materiales.

Para ser justos, podría autorizarse a la ofendida a devolver el beso que no ha deseado recibir, imponiendo

al besador la obligación de soportarlo. Pues, al fin y al cabo, un beso suele ser un homenaje más bien que una ofensa, por lo menos en la intención de quien lo da; y si quien lo recibe tiene la ingratitud de no creerlo... que lo devuelva.

Fin de "EL DELITO DE BESAR"

El amor en Werther y Don Juan

Difundir el libro en ediciones económicas es una verdadera función de gobierno espiritual.
José Ingenieros.

I. — LA PERSONALIDAD SENTIMENTAL

Lucrecio, disertando sobre "la naturaleza de las cosas", ve en el Amor una suprema ley, noble y cruel, magnífica y temible, que pone frente al placer la melancolía de perseguir un ideal, sin alcanzarlo jamás. Ley de las leyes, sin duda. Es normal que uno o más episodios de amor compliquen toda existencia humana; cabe mirar como una vida estéril y absurda la que nunca ha sido afiebrada por este sentimiento.

Acerca de él conocéis ya el vario parecer de los filósofos, desde Platón hasta Schopenhauer, y habéis leído con provecho diversos ensayos casi experimentales, género en que Ovidio y Stendhal fueron maestros. Entre todas las manifestaciones de la vida afectiva, ninguna hay más estudiada. Si ha descubierto alguno sus raíces en las tendencias instintivas, otro ha descrito las emociones que siguen a la excitación de los sentidos, éste ha analizado cómo se forma el sentimiento amoroso propiamente dicho, y aquél, en fin, ha contado cómo elabora la imaginación humana ciertas representaciones vacías de contenido real. Pero todos, filósofos, sabios, artistas, han coincidido en señalar dos grandes temperamentos de enamorados: los que aman para su desdicha y los que aman para su felicidad; Werther, el pesimista, y el optimista Don Juan.

Con mucho follaje de imaginación y poca raigambre en el instinto, Werther es víctima de su incapacidad para obrar en la hora oportuna; la demasiada rumiación mental le paraliza. Don Juan, con fuerte pujanza de instintos y exigua fronda imaginativa, triunfa siempre por su tacto oprtuno y porque en todo deseo suyo hay ya un comienzo de acción. Werther divaga, Don Juan ejecuta. Y — no lo dudéis — casi todos los que dicen venerar a Werther y aborrecer a Don Juan mienten; ningún hombre conocéis que prefiera ser Werther a ser Don Juan, y toda mujer normal preferiría ser engañada por el

segundo a ser aburrida por el primero. Por su condición de vencido Werther es muy alabado, como todos los sujetos inofensivos; Don Juan es envidiado, en la suya de constante vencedor.

Mirad en torno vuestro. Todos los que aman poseen uno de esos dos temperamentos, predominando en algunos los sentidos y en otros la imaginación. Se es más Werther o más Don Juan. No se ama como se quiere; se ama como se puede. Cada vez que en un hombre nace un nuevo amor puede asegurarse que tendrá ciertos caracteres comunes a todas las manifestaciones de la vida afectiva. Estudiando cómo florecen los sentimientos, por qué se transforman, cuándo mueren, se advierte que en cada individuo, como producto de su herencia y de su educación, se forma naturalmente una *personalidad sentimental*.

Todo ser humano hereda al nacer determinadas tendencias instintivas: la afectividad común a la especie y las variaciones de raza, sociedad, familia. Su conjunto constituye el temperamento afectivo, que es una predisposición inicial para desenvolver de cierta manera los sentimientos individuales. Las diversidades del temperamento revelan desigualdades hereditarias.

La educación sentimental, en su sentido más lato, es el proceso continuo de adaptación a los sentimientos ajenos, en el curso de sucesivos episodios amorosos que van formando la experiencia de cada individuo. La repetición de amores homogéneos crea verdaderos hábitos afectivos.

Con un temperamento y una educación determinada, se deviene Werther o Don Juan. La experiencia sentimental se enriquece por la sucesión de episodios de amor; todos los pasados constituyen una base permanente para los venideros. Quiere esto significar que, en un dado momento de la vida humana, la personalidad sentimental es la confluencia de todos los episodios de amor que durante la vida han modificado el temperamento nativo. Por eso, al ser amado, cada amante cosecha el trabajo de los que le precedieron y siembra para los que le seguirán.

Hablemos un lenguaje más sencillo. Hay desiguales aptitudes amorosas, debidas al temperamento: amantes tiernos o imperativos, tibios e impetuosos. Hay diferencias de educación amorosa, según la distinta experiencia personal: torpes y refinados, tímidos y audaces. Y hay variaciones de la personali-

dad sentimental en un mismo amador, ya que en los episodios sucesivos, además de variar sus aptitudes y su educación, el conjunto es diversamente afectado por el objeto del amor, siempre distinto.

La personalidad sentimental es, en suma, el resultado de las variaciones del temperamento mediante la educación. Siendo distintos los temperamentos hay entre las personalidades cierta "desigualdad individual". Siendo incesante la educación cada personalidad es objeto de una constante "variación individual". Cada enamorado ama de diversa manera en los distintos momentos de su vida.

Este capítulo de psicología de los sentimientos sería incomprensible si prescindiéramos de examinar las *desigualdades de temperamento* que influyen sobre la formación de la personalidad sentimental. ¿Cómo y por qué el amor es en el uno una aura tibia y en el otro ciclón devastador, picaresco entretenimiento o desesperante obsesión, ensueño quimérico o apetito insaciable, beatitud idílica o agitación ansiosa? Este sentimiento, en efecto se nos presenta como un rayo de luz interceptado por un prisma individual, mostrando en variados matices un iris de policromía infinita.

Esas diferencias explican la diversidad de opiniones acerca del amor. Las cosas del sentimiento, más que otras, se ven coloreadas por el cristal con que se miran, observación antiquísima que no escapó a la perspicacia de Platón.

En su *Lysis*, cuya autenticidad parece indudable, presenta un cuadro animado del amor, preludiando a la teoría erótica que desenvuelve en su "Simposium" diálogo realmente magnífico y acaso una de las más elocuentes manifestaciones artísticas del genio platónico. Conocéis su argumento. Un grupo selecto de amigos se reune en casa de Agatón para celebrar el primer éxito del poeta en la escena; considerando que tan feliz acontecimiento merece el más alto homenaje, Fedro, que es de la partida, propone suspender los sacrificios a Baco y despedir a la flautista, para consagrar las mejores reflexiones a la alabanza de Eros, dios del amor.

Basta leer la admirable interlocución platónica para comprender que el sentimiento amoroso, aunque formado en todos los hombres sobre la base del instinto, se modifica en cada uno a través de múltiples factores personales.

Para Fedro, que inicia el diálogo, el amor es el eje de toda la existencia. Piensa como joven: los deseos y las aspiraciones humanas convergen a la pasión amorosa. El sentimiento del honor nace de ella; ningún estímulo la iguala; toda pena es menos amarga que las penas de amor. El enamorado ante nadie enrojece tanto por una acción villana como ante la persona que ama: un ejército de enamorados sería invencible. Habla Fedro con la palabra febril de la juventud, como puede hacerlo un hombre cuya sangre hierve sobre la llama de una pasión.

Con la madurez propia de su edad replícale Pausanias, reprochándole de confundir dos especies distintas de amor: el uno terrenal y sensualista, igualmente extensible a las mujeres y a los efebos; idealizado el otro, combinación extraña del sentimiento intelectual con el amoroso, exclusivamente masculino, por ser los hombres los seres más bellos e inteligentes de la creación. El amor aparece aquí bajo una forma intelectualizada, sirviendo de guía a los sentimientos morales y estéticos, convergiendo hacia la veneración del ingenio y de la virtud. Digamos, de paso, que las palabras de Pausanias reflejan ciertas perturbaciones del sentimiento, inexplicables en otra época; en el "amor griego" sólo podemos ver una degeneración colectiva del instinto o una orientación enfermiza del sentimiento amoroso.

Eriximaco, médico y naturalista, habla en seguida y pide sus argumentos a la filosofía natural. Para él todo lo que existe en la naturaleza encierra gérmenes de amor y tiende a complementarse en su contrario, el calor con el frío, lo seco con lo húmedo, el movimiento con la quietud; en una palabra: el amor es el resultado de la "ley del contraste" en la naturaleza, ley que muchos siglos más tarde transmutaría Goethe en su teoría de la afinidad electiva".

Replícale Aristófanes en términos de basta comicidad sosteniendo que el amor es "la unión de los semejantes". Inventa para ello la humorística fábula de que el género humano se componía primitivamente de tres sexos: hombres, mujeres y andróginos; los últimos eran seres dobles, agilísimos, fuertes, orgullosos, a punto de amenazar la soberanía de los dioses. Estos, entonces decidieron dividirlos en dos... y desde esa época cada mitad anda por el mundo buscando su complemento, hipótesis burlesca que el vulgo traduce definiendo a cada

hombre o mujer como una "media naranja" que vive con la obsesión de encontrar la otra mitad.

La extravagancia de Aristófanes contrasta con la mesura de Agatón, en cuya elocuencia se descubre a un digno discípulo de Georgias. El amor parécele un sentimiento exclusivo de la juventud, delicado, tierno, tan ajeno a la vejez como a las almas groseras. Habla como artista y como poeta, con más riqueza de imágenes que profusión de ideas, cayendo al terminar en un recargado amaneramiento de estilo con que Platón se propone criticar el retoricismo fomentado por los sofistas.

En boca de Sócrates, que cierra este diálogo, pone Platón su propia teoría del amor: es la inclinación a lo bello y lo bueno, estando implícita en lo bueno la verdad. Le parece el sentimiento más eficaz para la exaltación de las virtudes humanas; un amor puro, emancipado de los sentidos, lleva a buscar la Belleza y la Verdad en sí mismas, libres de todo oropel perecedero, acercándonos a los dioses y a la inmortalidad.

Cuando va a replicarle Aristófanes, entra en escena Alcibíades y, después de elogiar a Agatón por su triunfo, dirige a Sócrates aquel discurso en que Platón se revela magnífico artista, pocas veces superado. Lo habéis leído, sin duda.

En el *Simposium* y en el *Fedro*, cuyo tema es la misma teoría de amor platónico, domina el concepto del efebismo; justo es no callar que ante la orientación normal del instinto, resulta una verdadera monstruosidad sentimental.

Conviene decirlo. El elogio debido a su valor estético no compensará nunca las graves censuras que merecería por su sentido moral. Platón es ante todo, un modelo literario, sólo es un modelo como filósofo para quienes conciben la filosofía como un arte complicado, más bien que como una ciencia superior. El pensamiento antiguo reaccionó muy pronto contra la absurda teoría sentimental reflejada en los diálogos platónicos; Plutarco, en su ensayo sobre el amor, volvió al buen cauce, proclamando la excelsitud del amor conyugal y asentando el sentimiento sobre las bases naturales de la conservación de la especie.

Esta mención del *Simposium*, como comprendéis, sólo nos sirve para poner de relieve que el amor es diversamente sentido y pensado para cada individuo; que no existe "un amor", sino tantos "modos de amar" como personas. En el "amor" se abstraen atributos comunes a los sentimientos de todos los que

aman; los "amantes", distintos por su temperamento, son la única realidad concreta accesible al estudio de los psicólogos.

La diversa educación sentimental tiende a diferenciar las personalidades afectivas. El "analfabetismo del corazón" dura poco en los individuos normales. La madurez se anuncia con manifestaciones inequívocas: deseo de agradar al otro sexo, pudor defensivo en la mujer, anhelo de conquista en el hombre. Circunstancias muy especiales, y sobre todo una educación torpe, pueden impedir que se adquiera la experiencia sentimental y que algunas ráfagas de amor estremezcan la juventud; en esos casos la ignorancia amorosa persiste, y si se prolonga después de la madurez los individuos vagan por el mundo como cuerpos sin sombra, ignorando la ruta de su propio destino afectivo. El caso es raro en las mujeres, rarísimo en los hombres.

La formación de la personalidad amorosa implica una elaboración deliadísima; la hipocresía convencional suele dejarla librada al azar, aunque todas las ventajas estarían en pro de su disciplina racional. Una prudente educación del amor evitaría que éste fuese para muchos una simple fiesta de los sentidos esclavizados por el instinto, y que para otros llegara a ser una platónica representación independiente de su base instintiva; la sensualidad y la castidad son dos anomalías igualmente nocivas, por contrarias a la naturaleza: "los sentidos no conducen al amor, pero el amor sin participación de los sentidos es un fantasma incorpóreo", según dijo De Hartmann.

Sea cual fuere el desiderátum de una buena educación sentimental, en la práctica la experiencia se adquiere empíricamente y se va enriqueciendo por sí misma, en unos más que en otros. Cada polarización del sentimiento, cada episodio de amor, va dejando un rastro, una huella, que se refunde y sistematiza en una imagen sintética de la experiencia amorosa: el ideal. Todo amor sentido antes sirve de pauta a un sentimiento actual y converge a la resultante definitiva en que se polariza el sentimiento, hasta llegar a la concordancia entre el ideal y una realidad que no lo contradiga. Convergen, pues, muchos amores antiguos en la composición de un nuevo amor; el primero deja un rastro más neto, porque es más sencillo y no es complicado por otras experiencias anteriores; los amores siguientes, en igualdad de circunstancias, son cada vez menos

simples, y sus rastros se refunden con hábitos sentimentales previamente adquiridos.

Una experiencia excesiva no es conveniente para la educación sentimental; impide la formación de un ideal. Por eso puede fijarse una edad en que se alcanza la conciencia máxima del ideal constituído en el curso de la experiencia; Balzac parece haberlo presentido en sus divagaciones sobre "La mujer de treinta años", y es indudable que en el hombre la plenitud sentimental es generalmente perfecta a los treinta y cinco. Antes de esa edad somos frágiles mariposas atraídas por todas las llamas, sin sospechar siquiera en cuál de ellas acabaremos por quemar definitivamente nuestras alas.

Digamos, para terminar, que a cierta edad se produce una involución natural del sentimiento, similar a la involución de la memoria, del razonamiento y de toda la vida mental; bórranse más pronto las adquisiciones recientes y reaparecen cada vez mejor perfiladas las experiencias más antiguas: la imagen de los primeros amores se hace más nítida en la vejez, como el recuerdo de las primeras amistades, los primeros éxitos, los versos leídos, las primeras esperanzas.

La educación sentimental es, pues, el resultado de múltiples ensayos: cada vez que un amor retoña en nosotros creemos que ese gajo será el definitivo, equivocándonos siempre con la misma buena fe, hasta que la experiencia se polariza por sí misma en un ideal estable.

Antes de distinguir cualitativamente a Werther y a Don Juan conviene establecer que ambos pertenecen a la categoría de los grandes amadores, equivalentes en el orden afectivo a los que suele llamar ingenios y talentos en el orden intelectual. Por su "capacidad de amar" descuellan entre la masa de los enamorados comunes, temperamentos medianos, ni insensibles ni apasionados, ni tiernos ni bruscos, ni seducidos, ni seductores. Para los más el sentimiento amoroso es un accidente del deber social llamado matrimonio, y algunos teólogos enseñan que al cumplir ese deber aparece el amor espontáneamente; de esta singular doctrina son víctimas predilectas las mujeres, así expuestas a ser madres sin haber amado a sus maridos. Flaubert nos dió una personificación tristísima de la mediocridad sentimental, en el infeliz Bovary. ¿Le recordáis? "Vive blandamente en una especie de continua somnolencia, vagamente

satisfecho de vivir, hasta el día en que una profunda herida lo iniciará en el dolor, otrozmente primero y sordamente después, y por esa herida se escurrirá gota a gota toda su savia, y se inclinará hacia la tierra, gradualmente, hasta acostarse en ella como una hoja desecada..." El marido de la Madama famosa es un sér vegetativo, sin placeres ni penas intensas, sin instintos hondos, sin ternuras finas, incapaz de sensualidad ni de quimeras, y, para colmo, marido de una Manon fracasada por no haber encontrado a tiempo su caballero Des Grieux.

No creáis, sin embargo, que el señor Bovary es un personaje despreciable; es vulgar, simplemente; como él hay millares de maridos tranquilos, incapaces de sentimientos que comprometan su única aspiración bien definida: la tranquilidad. Debajo de esos innumerables Bovary existen los "retardados sentimentales", los imbéciles del corazón, los idiotas. En éstos es absoluta la incapacidad de amar: no aman, no pueden amar jamás, como si careciesen del instinto que sirve de base a la formación del sentimiento amoroso.

La imbecilidad sentimental es menos honda; el instinto existe y se manifiesta por tendencias, pero los individuos son incapaces de orientarlas hacia la constitución de sentimientos definidos. No son ciegos para el amor, pero son miopes. Su incapacidad de amar estriba en la ineducabilidad de las tendencias, en la imposibilidad de polarizarlas eficazmente. Pueden conocer el deleite de los sentidos, porque poseen el instinto; pero nunca logran tener sentimientos, porque no saben educar sus tendencias nativas.

En un plano superior al de esas manifestaciones rudimentarias de la vida sentimental, encontramos a los que poseen aptitudes excelentes y cuya capacidad de amar es proporcional a su educación variando desde la impericia hasta el refinamiento. Para estos "amantes inteligentes" tiene particular importancia el problema de la educación sentimental, pues de nada sirven las mejores aptitudes si no son bien orientadas desde la juventud.

Nadie negará que una misma educación afectiva produce resultados distintos, según los individuos: junto al amante inteligente existe el excepcional, de verdadero talento. Suele decirse "que tiene gancho"; es capaz de sentir y provocar mayores sentimientos con igualdad de esfuerzo.

En la cumbre están Werther y Don Juan. Nos costaría admi-

tir que existen verdaderos genios del amor, aunque Ribot enseña que existen genios afectivos. El amante extraordinario carece de función social, es un simple fenómeno individual; un amor sublime interesa a la persona amada, pero no a la sociedad. Sólo en el caso de organizarse una educación del sentimiento esos genios serían los grandes modelos representativos, los tipos presentados a la imitación de los que van formando su experiencia amorosa.

Sea cual fuere la capacidad de amar, puede hacerse otra distinción tan importante como la anterior. Cuando las tendencias instintivas son fuertes, como en Don Juan, es seguro el predominio de las sensaciones sobre las representaciones; se ama con todo el organismo y el amor es sentido como expresión de emotividad, como voluptuosidad. En cambio, cuando esas tendencias son leves y la imaginación predomina sobre los sentidos, se ama cerebralmente, como Werther; y no es el deseo de la posesión lo que impulsa a amar, sino la inquietud de una idea fija que obliga a sufrir.

La proporción entre las tendencias y la educación permitiría establecer varias "ecuaciones personales del amor", caracterizadas por el equilibrio o desiquilibrio entre el instinto y el sentimiento. Los términos extremos de la serie corresponderían a las formas anormales, pues la exclusividad del sentimiento o del instinto es igualmente contraria a los fines supremos del amor. Aunque ciertas morales teológicas presentan la castidad como una virtud y la voluptuosidad como un vicio, la naturaleza y la vida están contestes en reconocer que nada hay más semejante a este vicio que la exageración de esa virtud.

Esa desigualdad de la personalidad sentimental podemos tipificarla en caracteres representativos, modelos excelentes que nos presentan las grandes obras de arte, cuyo valor psicológico excede al de las mismas observaciones reales. ¿Podría la realidad ofrecernos un tipo más característico del amante imaginativo que Werther, o un erotómano más puro que Don Quijote? ¿Dónde hallaríamos una personalidad de más fuertes instintos amorosos que la de Don Juan, o un sensual más abyecto que Santiago Lantier? En Werther predomina la imaginación y en Don Juan los sentidos. En Don Quijote hay una idea delirante; el amor de Lantier es simple emotividad.

II. — WERTHER

Quien se haya conmovido en la adolescencia leyendo la historia sentimental del infortunado amante, no podrá escuchar sin emoción el nombre de Werther: tan firme en su rastro en la memoria afectiva de los temperamentos que simpatizaron con su desventura. Hondamente dramática, la creación de Goethe presenta un acabado bosquejo psicológico del tipo amoroso en quien la excesiva exuberancia de la imaginación llega a paralizar las tendencias instintivas que sirven de bases a los sentimientos.

En Werther, el pesimista, diríanse personificadas las angustias innumerables que han apenado a los amantes de todos los tiempos. No es Don Juan, ciertamente. No ama al amor, sino a una amada; carece del tacto que salva las dificultades y diríase que pone empeño en tropezar con todos los obstáculos; para ser feliz ensaya cuantos medios conducen a la infelicidad; goza de sufrir, tiembla de querer, muere de amor.

Inexperto en su pasión con más de suplicio que de ventura, todo es en él dulce martirio, languidez, abandono de sí mismo, celos, desesperanza — "Un désespoir oú toujours on espére, — un espérer ou l'on se désespére", — como definía ya Ronsard esta inquietud de perseguir una realidad sin la certidumbre de alcanzar su posesión. De todos los versos de amor leídos en vuestra juventud, pocos, acaso, os dieron una impresión más justa de ese estado de espíritu que los encantadores "A ninón", de Alfredo de Musset, aquellos que comienzan, ¿ los recordáis?, "Si je vous le disais pourtant, que je vous aime..."; pero lo calla, lo tiene en secreto y jura gozarse de amar sin esperanza. Este detalle psicológico dice toda la diferencia entre Werther y Don Juan. Werther desea amar; Don Juan necesita ser amado. Werther anhela que lo martiricen; Don Juan quiere que se le entreguen.

Su historia la conocéis. En cartas que son pequeñas baladas en prosa, refiere Werther las delicias de la vida agreste en una aldea rural, donde se ha refugiado para curar de la fiebre urbana. Un día, sin preverlo, yendo a un baile con otras niñas, conoce a Carlota. Le previenen que ama a otro y está comprometida; pero él se enamora a pesar de todo y comienza entre ambos un idilio que ella fomenta con explicable complacencia.

Llega el novio, Alberto, y Werther se hace su mejor amigo, naciendo un amor solamente perturbado cuando la boda entre Alberto y Carlota va a realizarse. Werther se ausenta, ansioso de atenuar con la distancia el sentimiento que pone fuego en su sangre; vano esfuerzo. Vuelve y reanuda su idilio; empiezan ya a celarse el esposo y el amigo. La intimidad asume proporciones peligrosas; la murmuración comienza a tejer su telaraña sobre los enamorados: Alberto acaba por pedir a Carlota el alejamiento de Werther. ¿Hay nada más legítimo? Werther decide irse, lejos, donde no sufra; después de una entrevista que descompagina su espíritu y el de Carlota, Werther se suicida con una pistola que el destino le hace enviar con la propia mano de su amada.

Sorprendería la continua imprudencia de Carlota, si Werther no fuera quien es. Carlota es un tipo exacto por su psicología: es una ilusa que cree en la intimidad espiritual, libre de toda complicación amorosa; a pesar de ello, si Werther fuera un poco Don Juan, Carlota habría acabado por entregarle la llave de su alcoba. No siéndolo, Werther espera de su amada lo que de ninguna es dado esperar; y como Carlota no le salta al cuello, Werther se suicida, víctima de su incapacidad para tomar lo que le pertenece desde mucho antes.

Hay un desequilibrio sentimental entre la imaginación y la voluntad, ciertamente, pero no verdadera erotomanía.

Werther, sin ser Don Juan, no se parece a Don Quijote. Se enamora de una persona real y digna de encender su pasión, que por su parte — no obstante su compromiso con Alberto — fomenta de todas maneras sus sentimientos con estímulos más expresivos que las palabras: Carlota tiene su estilo para amar, dice que no y hace que sí.

La esperanza, aunque constantemente desesperada, existe, y ella es un factor imprescindible para el nacimiento del amor normal, como observaba Stendhal: es el complemento natural de la admiración. Carlota acepta las atenciones de Werther, agradece su solicitud, comparte sus gustos, le dedica todas sus horas, le confía sus secretos, teje con él una amistad sentimental, afecto equívoco que suele ser un simple puente hacia el amor. Acaban por amarse plenamente, sin duda. A Werther sólo le falta un gesto que complete su intención: "Sí, he tenido tentación más de cien veces de tomarla en mis brazos, de estrecharla contra mi corazón, de cubrirla de besos. Dios sólo sabe

el tormento que se sufre mirando sin cesar tantos encantos delante de sus ojos, sin atreverse a tomarlos, ni a gozar de ellos; y, sin embargo, hacerlo sería un movimiento muy natural en el hombre. ¿No tratan los niños de tomar todo lo que les agrada y se presenta a su vista? ¡Y yo..." Colocar a Werther entre los amantes platónicos implicaría llamar pureza al miedo. No hay sino miedo en su respeto de la mujer ajena. "Ella conoce, siente todo lo que yo padezco. Hoy ha penetrado su mirada profundamente en mi corazón. La he encontrado sola; yo no decía nada y ella me miraba fijamente. Yo no veía ya su hermosura seductora ni su espíritu brillante; todo había desaparecido a mis ojos. Estaba como fascinado por esa mirada sublime, llena de expresión del más vivo interés, de la más tierna compasión. ¿Por qué no me atreví a arrojarme a sus pies? ¿Por qué no osé lanzarme a sus brazos y responder a su mirada con mis besos y caricias?... Sí; ¡si yo pudiera expresar lo que en aquellos momentos experimentaba!... no pude resistir más largo tiempo, me incliné e hice este juramento: ¡Jamás osaré profanaros con un beso, ni profanar vuestros labios sobre los que juguetean espíritus celestiales! — Y, sin embargo... yo quisiera... ¿Lo ves?..., ésta es una muralla de separación que se eleva delante de mi alma... ¡Qué felicidad si...! ¡Y en seguida morir para expiar este crimen!... ¿Un crimen?"

Werther prefiere al placer el sufrimiento y renunciaría un minuto de emoción feliz por un año de ansiedad dolorosa. Acepta todas las inquietudes, busca todas las desazones: como que las lleva dentro de sí, en su temperamento. Es necesario haberlas sentido para comprenderlas, esas inquietudes. Esperar horas y días y semanas y meses la ocasión de decir a la persona amada lo que ella misma anhela escuchar, y no decírselo nunca; ignorar qué es de ella; dónde está, cómo, con quién, si comparte nuestra devastadora congoja, si piensa en nosotros como en ella pensamos si en algún minuto nos olvida, si llora, si sufre como nosotros sufrimos y lloramos; esperar cartas que no llegan; celar de nuestra propia sombra, atormentados por toda palabra y todo gesto que no nos pertenezca de manera exclusiva; y dudar, sobre todo, dudar de un sentimiento al que siempre nos consideramos inferiores, como si todo el universo se condensara en ese amor que sentimos tan grande, tan infinito

e inalcanzable que acabamos por creernos inmerecedores de tanta dicha...

Esa es la psicología del amante imaginativo, mezcla de angustias crueles y de suaves delectaciones, de ensueños, de fantasmas, de quimeras, aunque siempre objetivando el sentimiento en una realidad y anhelando la posesión integral de la persona amada.

Cuando Werther anticipa su última visita y lee con Carlota los poemas de Ossian — renovando la escena de Paolo y de Francesca, — la tierna emoción de ambos se afiebra con ardores de pasión incontenible. "Un torrente de lágrimas que brotó de los ojos de Carlota y alivió su corazón oprimido, vino a suspender la lectura de Werther. Este arrojó el manuscrito, tomó su mano y derramó sobre ella amargas lágrimas. Apoyada Carlota sobre el otro brazo, se cubría el rostro con su pañuelo. Terrible era la recíproca sensación que ambos sentían. Veían su propio infortunio en la suerte de los héroes de Ossian; lo sentían juntos y sus lágrimas se confundían. Los labios y los ojos de Werther devoraban el brazo de Carlota: se apoderó de ella un temblor, y quiso retirarse, pero el dolor y la compasión le quitaban las fuerzas, agobiaban su alma con un peso de plomo. Se esforzaba por tomar aliento, se sentía como sofocada, y con voz celestial rogó, conjuró a Werther que continuase la lectura. El se estremeció; temblaba; su corazón quería salírsele del pecho". Volvió a tomar el manuscrito y leyó en medio de sollozos un párrafo que le hizo estremecer de nuevo, por convenir exactamente a su estado de espíritu. "En el paroxismo de su desesperación la estrechó contra sus ojos y contra su frente, y en aquel momento atravesó por el alma de Carlota un presentimiento de su horrible proyecto; sus sentidos se turbaron, le tomó la mano, la estrechó contra su pecho, y en su dolorosa emoción se inclinó hacia él. Sus abrasadas mejillas se tocaron, el mundo entero desapareció a sus ojos. El la rodeó con sus brazos, la estrechó contra su corazón, y cubrió de besos ardientes y apasionados sus labios trémulos y balbucientes. ¡Werther!, le decía ella con voz ahogada, ¡Werther!, y con débil mano rechazaba blandamente su pecho unido al suyo. ¡Werther!, exclamó al fin con tono imponente y grave que expresaba el más noble sentimiento. El no insistió, la dejó desasirse de sus brazos y cayó a sus pies como fuera de sí e inanimado. Ella

se lanzó hacia la puerta, y con la turbación más violenta trémula de amor y de cólera, le dijo: — "Esta es la última vez. Werther; no volveréis a verme más". — Se detuvo un momento, echó una mirada de amor sobre el desgraciado, y corrió a a encerrarse en un cuarto inmediato".

Fuerza es reconocer que Werther mereció su destino; nadie tiene derecho de no tomar a una mujer que se entrega. Carlota, como todas las enamoradas, habría perdonado cualquiera violencia, cualquiera injura, todo, todo, menos esa cobardía suprema de abrir los brazos después de haberlos cerrado sobre el cuerpo de la mujer amada. Esa es la deshonra suprema para una mujer digna: haberse entregado sin la certidumbre de ser tomada.

Leed toda la segunda parte del clásico libro. Esas páginas no son elucubraciones del caballero andante sobre las bellezas imaginarias de su Dulcinea; son horas de amor, vividas; vibra en ellas el sentimiento que anhela convertirse en acción, el ensueño embellecido por los estremecimientos de la realidad.

Werther no lo ignora. Antes de suicidarse escribe las líneas reveladoras de su incapacidad de tomar a la que sabe suya: "¡Oh! perdona, perdóname... ¡Ayer!... ¿por qué no ha sido ese el último momento de mi vida? ¡Craitura angelical!... por la primera vez, sí... por la primera vez, no puedo dudarlo, por la primera vez he sentido en todo mi sér un transporte delicioso, un entusiasmo celestial... ¡Me amas!... ¡me amas!... todavía arde en mis labios ese fuego sagrado que se desprendía de los tuyos... un nuevo delirio vuelve a apoderarse de mi alma. ¡Perdona!... ¡Perdóname!

"¡Ah! yo lo sabía, Carlota, que tú me amabas; lo he sabido desde la primera mirada en que se reflejó tu alma; desde la primera vez que tu mano se encontró entre las mías; y sin embargo, cuando yo me separaba de ti..., volvía a sufrir el tormento de la duda, y se encendía mi sangre.

"¿Y qué me importa que otro sea tu esposo? ¿tu esposo? Pero eso no es más que para el mundo; y sólo para ese mundo es un pecado amarte, querer arrancarte de sus brazos para estrecharte en los míos. ¿Pecado? Pues bien, por él me castigo a mí mismo. He saboreado este pecado en todas sus celestiales delicias; he aspirado con avidez ese bálsamo de fuerza y de vida, y he rociado con él mi corazón. Desde ese momento, ¡eres

mía!... mía... Carlota!..." Momentos después escribió a Alberto, pidiéndole prestadas sus pistolas.

No es posible afirmar que en Werther callan los sentidos; lo único seguro es que no sabe dar el golpe de hombros decisivo para abrir una puerta que ya cruje sobre sus goznes. Tiene el deseo de la posesión y lo narra en palabras tumultuosas que expresan el hervor de su sangre; quiere amar de un amor integral, pero no sabe, no puede. En vano afirma su certidumbre absoltua de que es correspondido; el remedio de sus enfermedad está al alcance de sus manos, lo ha tenido en ellas... Y prefiere morir, sin embargo, morir de un amor para el cual no sabe vivir...

¿Y Carlota? "Había dormido poco la noche anterior; todas sus aprensiones se habían realizado, y realizado de una manera que ella no podía prever ni temer. Su sangre en otro tiempo tan pura, tan tranquila, se hallaba en una tumultuosa efervescencia, y mil sensaciones confusas desgarraban su corazón. ¿Era el fuego de las apasionadas caricias de Werther lo que ella sentía en su pecho? ¿era la indignación por su audacia? ¿era penosa compasión de su estado actual comparado con aquellos días de paz y de inocencia, en que, exenta de todo temor y cuidado, tenía confianza en sí misma?... Por otra parte, ¿podía ella guardar disimulo con su esposo, ante el cual se había presentado siempre tan pura y transparente como el cristal, y al que jamás había ocultado, ni disfrazado, ni podido ocultar uno solo de sus sentimientos? Todas estas reflexiones la tenían sumida en un penoso embargo, y sus pensamientos venían a recaer siempre y continuamente sobre Werther, perdido ya para ella, pero a quien no podía abandonar, aunque era preciso dejarle abandonado a sí mismo; a ese Werther a quien nada quedaría ya en el mundo cuando la hubiese perdido enteramente".

Admitir esto último es amar; toda mujer ama ya al hombre cuando le considera perdido sin su amor. Dante, en un solo verso, escribió la psicología de esta situación sentimental: "Amor che a nullo amato amar perdona..." Hay un poco de hipocresía en suponer que Carlota hubiérase resistido a Werther para no faltar a sus deberes: ¿no había faltado ya bastante? ¿Por qué no suponer que se hartó de comprometerse por un cómplice indeciso?

Acaso más ofendida por el renunciamiento de Werther que atormentada por su amor culpable, Carlota entregó al mensajero las pistolas con que su amado se suicidaría. Ella no lo ignoraba. Su certidumbre era absoluta. Así se libertó de un sufrimiento que no tenía compensación...

Don Juan, más sencillo y más humano, habría hecho feliz a Carlota. ¿La pena de ser engañada por Don Juan habría sido más grande que el remordimiento de asesinar a Werther? La pregunta parece una tontería.

Dejemos la novela y atendamos a la psicología del protagonista. Su amor es en todos los momentos un sentimiento idílico, idealización de la realidad a través de la imaginación. Tiene la simplicidad de esos amores que nacen al borde de una fuente, en las poesías pastorales; y tiene la obstinada inquietud con que los amantes tiernos saben volcar en cada beso las intimidades de sus corazones.

Si tenéis su mismo temperamento podéis comprender a Werther y simpatizar con él; sus lágrimas os conmueven, sus lamentos encuentran un eco en vuestro corazón. ¿Por qué tientan vuestra risa, en cambio, los quiméricos devaneos sentimentales de Don Quijote? Werther ama; Don Quijote delira. No os equivoquéis: Werther ama y desea con toda su imaginación, pero también con sus sentidos; por eso es humano y nos interesa. Werther sueña con una realidad; Don Quijote persigue una larva. Werther habla de Carlota, como Musset habla de Ninon; Don Quijote delira de Dulcinea como Santa Teresa delira de Cristo. Aquéllos son dos amantes imaginativos; éstos son dos erotómanos insanos.

Cabe una distinción, sin embargo. En la voluptuosa santa, cuya psicología han estudiado los tratadistas clásicos del histerismo, el delirio erótico tenía, en verdad, una expresión sensual y fué muy distinto del casto erotismo imaginativo del hidalgo manchego; el lenguaje amoroso de Santa Teresa no revela precisamente una castidad insensible, mientras que el de Don Quijote es de una puridad absolutísima. Por eso todos los alienistas coinciden en diagnosticar a la santa una pasión histérica de los sentidos, mientras atribuyen al hidalgo un puro devaneo de la imaginación, el verdadero misticismo sentimental.

Tal pasión debe mirarse como un extravío. El llamado platonismo sólo es concebible como fase preliminar de un senti-

miento que luego tenderá a transformarse en acción y a realizar sus fines; fuera de ese caso, frecuente en la experiencia de todo amador, el misticismo erótico es uno de tantos trastornos imaginativos que obsesionan el juicio y paralizan la voluntad.

En la psicología de Don Quijote, que vive pensando exclusivamente en Dulcinea, sin desear una sola vez la posesión real de la persona amada, se realiza en grado extremo la fórmula que riñe con la lógica y con la naturaleza: erotomanía y castidad. Don Quijote pelea en honor de su dama, quiere enaltecerse para poner a sus pies una personalidad má digna, la invoca en sus horas de peligro y de heroísmo, la canta en los términos más exaltados de su retórica, pero nunca, en ninguna de sus palabras, traduce un deseo de posesión: jamás amenaza incendiar sus labios con un beso apasionado ni aspira a sentirla estremecida de amor entre sus brazos. Por eso Quijote es loco de imaginación, incapaz siquiera de concebir que un deseo pueda traducirse en acto, como si el ideal y la realidad se hubiesen divorciado para siempre en su espíritu constelado de quimeras.

Es el mal de los místicos sentimentales: confundir, sin sospecharlo acaso, lo absoluto y lo relativo, lo imaginario y lo real, el sueño y la vida.

Todos podemos llevar en nuestra imaginación un fantasma de ilusoria poesía; pero el sentido de lo real impide a los equilibrados caer en aberraciones que aniquilan la capacidad del amar. El misticismo del corazón — aun cuando llega a implicar un violento deseo moral — es el resultado de una ausencia o de una inhibición de las tendencias instintivas que sirven de base al sentimiento amoroso. Es un fracaso del amor, antes que un refinamiento; es una incapacidad y no una prueba de superioridad afectiva; no revela mejor educación sentimental, sino un desvío de su finalidad legítima. Despojado de los sofismas justificativos con que suele rodeársele, se reduce esencialmente a una incompletud, propia de espíritus desequilibrados. Y si hemos de creer a las personas de alguna experiencia, no hay desgracia más grande que ser amado por uno de esos jóvenes pálidos que "hablan" el amor, o por una de esas lánguidas doncellas que lo "suspiran".

Nos apartamos de Werther, como véis. Y podríamos apartarnos más aun, en el mismo sentido, recordando las mil formas

que asume el misticismo sentimental en los internados, en los conventos, en las personas de edad senil, llegando a convertir en objetos del amor a seres inanimados. Refiere Ateneo que Ptolemón conoció a un griego violentamente enamorado de un Cupido de Praxiteles que se encontraba en Delfos; y si hemos de creer a Luciano, hubo en Cnidos un joven que se enamoró de la Venus praxitélea. Ejemplos modernos se conocen por docenas.

En el misticismo de esos Quijotes sólo hay locura, locura sin restricciones ni relatividad, locura absurda, insensata, inhumana, como todo falso ideal que desvíe el sentimiento amoroso hacia la aberración de la castidad.

El amor de Werther, aunque incompleto, es humano; el de Don Quijote no lo es. En aquél la exaltación del sentimiento florece sobre una realidad viviente y animada; en éste, la exclusividad de la imaginación lleva a la antítesis misma del amor, poniéndolo fuera de toda realidad posible y de todo ideal verosímil.

Don Quijote no habría podido morir por Dulcinea, aunque lo hubiera deseado. Werther puede morir por Carlota y toda la unidad psicológica de su carácter está en que asbe morir.

"Dámelo, Carlota; yo no tiemblo al tomar el horrible cáliz en que voy a beber la embriaguez de la muerte. Tú me lo presentas, y yo no titubeo. De este modo se cumplen todos los deseos de mi vida. ¡He ahí en lo que vienen a parar todas nuestras esperanzas!... todas!... en venir a estrellarse contra las puertas de bronce de la muerte."

Esa es la lógica de su temperamento.

III. — DON JUAN

Si fuera posible encuestar a las consabidas "mil y tres", todas, todas, mostraríanse dispuestas a perdonarle su pasada liviandad, siempre que Don Juan consintiera en hacer de cada una, siquiera por media hora, la "mil y cuatro" de su lista famosa. Este sentimiento que inspira a sus cómplices, sintetiza la psicología de Don Juan; al día siguiente de seducida, cualquiera de ellas, la novicia y la cortesana, le dice palabras en que el deseo sigue siendo más fuerte que el despecho: ¡te adoro, miserable! — ¿Miserable? Lo es, sin duda. Pero, sin duda también, adorado; el más adorado de los hombres.

Don Juan es un símbolo, evidentemente. El más incontrastable de los derechos naturales, hollando durante la Edad Media en nombre de la superstición religiosa, resurge como protesta en la sociedad del Renacimiento. Hombres y mujeres comprenden que el "derecho de amar" debe ser respetado, y mintras las intituciones y las costumbres siguen obstruyéndolo, todos intentan ejercitarlo; hombres y mujeres, entiéndase bien, pues los Don Juanes serían inconcebibles si no existiesen mujeres dispuestas a que las seduzcan. El combustible está en ellas, esperando; Don Juan es la chispa. Seduce porque sus palabras interpretan el sentimiento de las seducidas; le escuchan porque habla a corazones sobresaltados por la necesidad de amar.

Don Juan es un revolucionario sentimental; su arma es la seducción. Coadyuva a su éxito una mentira convencional; se dice que "engaña" a las mujeres que favorece y de ello resulta que las "engañadas" no tienen la culpa, sino el "miserable". Así la sociedad sigue perdonando a las supuestas víctimas y execrando a los presuntos culpables, muy satisfechos, unas y otros, de su respectiva condición.

Contra los dogmatismos que obstruyen la vida sentimental de la mujer, coartando sus derechos de amante y de madre, Don Juan aparece como el ángel de la rebelión, instigador, justificador, redentor, apóstol, predicando los derechos de la naturaleza contra las coacciones de la sociedad. Es así, en efecto, cómo su tipo optimista se destaca en la literatura del siglo XIX; es un rebelde que se lanza a la calle y que juega alegremente su vida por un ideal. En vano la Iglesia le persigue, le condena, le cierra las puertas del cielo; las mujeres le entreabren las de su corazón, agradecidas a este admirador incansable de su belleza que tanta parte de su vida quema el pie de sus altares.

Los que han estudiado la evolución de la leyenda de Don Juan, como Gendarme de Bévotte, no han podido desapercibir la simpatía creciente que el tipo inspiró a los autores y a los públicos, al mismo tiempo que se han vuelto antipáticos sus perseguidores. En Tirso era un malvado; en Moliére es un rebelde. Cuando llega a manos de Mozart está rebosante de gracia picaresca. La generación romántica se inclina a mirarle como un sacerdote del amor y de la belleza. Y, al fin, los individualistas y los nietzcheanos le preparan un pedestal, mostrándonos un Don Juan superhombre armado de cualidades exce-

lentes para combatir contra todo lo que es rutinario y convencional.

Esos problemas de historia literaria, ciertamente entretenidos, no entran en nuestro programa. Nos referimos a Don Juan con un objetivo más modesto: examinar la psicología del amador en quien las tendencias sirven de base poderosa a los sentimientos, impidiendo que éstos sean paralizados por el desarrollo excesivo de la imaginación.

Hemos podido analizar la personalidad de Werther en la obra clásica de Goethe, que la bosqueja de manera inequívoca. No ocurre lo mismo con la de Don Juan, varia y múltiple, incesantemente renovada; preferiremos observarla en la vida actual, tal como la reflejan el teatro y la novela psicológica de los últimos treinta años.

No nos equivoquemos: se nace Don Juan como se nace Werther. Exquisitez de los sentidos. intensa emotividad, rápida reacción a los excitantes amorosos, actividad fácil e intrépida, son cualidades naturales que aparecen en algunos individuos antes de llegar a la madurez, anticipándose a toda experiencia sentimental. La voluptuosidad se anuncia ya en el niño; se refiere de algunos que besaban a sus ayas como enamorados, aunque inocentes todavía de cualquier intención pecaminosa. Dura poco su ingenuidad; los compañeros de inclinaciones semejantes sirven de mentores a los que ya han sentido el aguijón del instinto, estimulando sus curiosidades más premiosas. ¿La educación corrige su temperamento? ¿El secreto es preferible a la revelación? ¿Qué hacer? Reconozcamos que para el minúsculo Don Juan es tan peligroso poner entre sus manos inexpertas la fruta del amor ya cosechada, como exagerar su prestigio con misterios que hacen más apetecible la fruta prohibida. Lo mejor es, sin duda, que una pasión precoz desarrolle sus aptitudes sentimentales, constituyendo así en su imaginación un eficaz contrapeso de instinto; más vale estudiar la dulce lección en brazos de una amiga apasionada que aprenderla envilecida por la domesticidad mercenaria. Cerremos la digresión: se nace Don Juan y es tan difícil desviarse de ese temperamento como adquirirlo cuando se ha nacido sin él. Sobre este punto existe una inteligencia inexplicable entre los que sufren la sed de amar: hombres y mujeres se reconocen de

inmediato, sin equivocarse nunca. Así se comprende la fábula de las "Mil y tres", que está muy lejos de ser exagerada.

Los que han nacido con el temperamento de Werther no comprenden a Don Juan. Los maridos burlados, por su parte, han inventado que el "miserable" no ama a sus "víctimas", a las mismas que siguen adorándole. Ese vocabulario es hipócrita y gira en torno de un falso distingo cualitativo entre el deseo y el amor, el sentimiento y la pasión, como si fuese normal amor sin deseo, pasión sin sentimiento, o viceversa. Hay diferencia, sin duda; pero no son de calidad, sino de duración. Don Juan ama al amor, y es por eso la antítesis del mujeriego vulgar, que ama a la mujer; Don Juan desea conquistar, el mujeriego gusta de poseer. El simple esclavo de los sentidos es un vicioso y está fuera del amor; basta reflexionar un minuto para comprender que por cada mil viciosos que gustan de poseer, sólo hay un seductor que se compromete por conquistar. Don Juan ama siempre, juega su vida a cada instante por el objeto de su amor; éste cambia con frecuencia, es verdad, pero todos sus amores son apasionados y sinceros, aunque duren una hora. Don Juan, generoso con todas, no miente nunca cuando dice "te amo" son sus adoradoras, las que, por egoísmo, le invitan a mentir, preguntándole: "¿me amarás *siempre?*" ¿Siempre? ¿Por qué? ¿Acaso la recíproca tendría sentido?

Don Juan es un amante voluble, pero es un amante. Su ensueño no es convertir el mundo en un serrallo y hacer de todas las mujeres sus odaliscas; anhela, cosa muy distinta, ser amado por todas las mujeres que ama, en el momento en que las ama. Su volubilidad podría ser una forma de galantería que le impide ser descortés con todas las mujeres para complacer el egoísmo de una sola...

Los moralistas atartufados le critican mucho; en el fondo, no lo dudéis, más le envidian que le desprecian. Los que han contribuído a fijar su carácter en la literatura, lo han concebido como un hombre superior; por su ingenio y por su astucia, por su clase y por su fortuna, por su rebeldía moral, por su valor. Todas las cualidades que son llamadas vicios por los que no las poseen, están sumadas en el; de ellas depende en alto grado la irresistible fascinación que ejerce sobre las mujeres. A pesar de las convenciones morales y de la educación simuladora de cada cien mujeres ilustradas hay noventa y nueve que se sienten atraídas con violencia por el hombre expe-

rimentado. Creen que el demasiado corazón es el único culpable y miran su gula insaciable como un homenaje fervoroso a la belleza femenina.

Todas murmuran de Don Juan, pero ninguna hay que no lo desee. Las mujeres de temperamento viven esperándolo; si hablan mal de él no es por alejarlo, sino reprochándole que se entretenga en otras y difiera su llegada. Cada una desearía ser la primera aunque más inteligente es la que prefiere ser la última. Y todas, cuando llega, le reconocen por un misterioso presentimiento de que la resistencia será inútil; se defienden sin convicción, cediendo a medias todo lo que el pudor rehusa cuando el corazón lo ha entregado ya.

El optimismo de que rebosan sus actos es una de sus fuerzas de atracción. Emancipado de prejuicios, ignora el sentimiento trágico de la fidelidad y de la virtud; si todo es bello y armonioso, ¿por qué afear la vida con preocupaciones que violentan la naturaleza, que van contra ella? Tiene la generosidad suficiente para no mezquinarse y es bastante atrevido para desgarrar las telarañas ilusorias del dogmatismo social. Ha medido la vida, sus dichas, sus penas; conoce su valor y da por ellas todo lo que valen, pero no más. Este doble ritmo de libertad y de expansión que vibra en sus actos, constituye el atractivo de su carácter para las criaturas humanas que están cansadas de esclavitud.

Si no es irresistible, es indudable que tiene aptitudes especiales para vencer resistencias que otros creen muy firmes. Conoce todas las pequeñeces que constituyen el preámbulo de cualquiera intimidad; mezcla lo sensual a lo patético, la ternura a la galantería; sabe poner deseo en las miradas y agresión en los suspiros sus manos toman al mismo tiempo que sus labios piden. La mayor de sus fuerzas está en la confianza con que ejecuta lo que se propone, inmediatamente, sin dudar de su propia eficacia; se avergonzaría de ser indeciso, se creería cobarde si se detuviese en devaneos. Una falta de audacia parecería equivalente a una falta de dignidad. Jamás se perdonaría una torpeza, una equivocación en el procedimiento apropiado a cada caso. Pero, sobre todo, prefiere la seducción a la posesión misma, y en eso se distingue el verdadero Don Juan del vulgar "mozo de suerte", cuyas vecinas se olvidan de echar llave a las puertas, y tosen si tarda. Y debemos también distinguirle del "dilettante en vicios", que para prolongar

su amorosidad agonizante busca sensaciones raras y emociones nuevas. Don Juan tiene otra psicología. No se interesa por la mujer ni por el vicio, sino por el amor; ama para ser amado; y cuando ha sido amado busca que otra le ame; y otra; infinitamente.

Seductor, pues; seductor en el sentido más estricto del vocablo, excluyendo la idea de burlador, de engañador, de libertino. Seductor por temperamento, seductor infatigable, cada vez más experto por el incesante aprendizaje. No seduce para hacer desgracias, ni concibe que la desgracia pueda seguir a la seducción; cree que da tanta felicidad como recibe y no comprende el "después" de las abandonadas. Quiere que le amen y para conseguirlo ama intensamente hasta ser amado. Eso es todo.

Se le reprocha la inconstancia, y a fe que no es Don Juan un arquetipo de fidelidad. Todos sus amores son sin después, sin lazos; no se resigna al hartazgo que viene con el hábito ni al disgusto que nace de la obligación. Su mariposeo es simple exceso de vida; su capacidad de amar a cien no puede satisfacerse amando a una.

La leyenda de que sólo se ama una vez en la vida ha engendrado la concepción del Don Juan artífice de seducciones, sereno, impasible, calculador, que en sus partidas de amor manejaría los corazones como piezas de ajedrez, jugando la comedia del sentimiento, simulando la pasión, haciéndose amar sin amar él, operando como un sugestionador sobre sujetos hipnotizados.

Este falso Don Juan, que ha tenido expresiones artísticas, no es el Don Juan real cuya psicología nos interesa. El verdadero nació con el Romanticismo, que antepuso el análisis de su carácter a la crítica de las costumbres.

Con Mozart ya era alegrote y simpático, con más de niño terrible que de engañador perverso; tenía sus momentos sentimentales, tiernos y en su constante agudeza de ingenio resaltaban las picardías como victorias ganadas sobre las banalidades del amor burgués. En Byron se acentúan esos caracteres y se subraya su desdén de los convencionalismos, su desprecio de las hipocresías sociales. Su Don Juan no es ya un candidato al infierno, como el de Tirso o el de Moliére, sino un hombre libre, afiebrado por la necesidad de amar, insaciable, múltiple; tierno y sensual, místico y violento, esclavo y dominador, casto y voluptuoso, un Don Juan que ha hecho del amor el ideal de

su vida, y vive persiguiéndolo, amando siempre, amando más, amando a todas, sin satisfacer nunca ese ideal que orienta y anima su vida. De esa familia es el Don Juan de Musset, vehemente perseguidor de un ideal insatisfecho.

Algunos escritores modernos, siguiendo la evolución romántica hacia el nietzcheísmo, han elaborado un Don Juan más estético, para quien amar es un acto de encantamiento y dominación, usado por un egoísta insaciable que desea a todas las mujeres y sabe hacerse amar de ellas. Otros, más realistas y mejores psicólogos, han intentado reconstruir la fisiología de un seductor-tipo, señalando algunos de los atributos más comunes en los individuos que representen más fielmente al Don Juan moderno. El autor de un curioso libro sobre "El donjuanismo", afirma que los seductores son tipos llenos de vigor y de salud, más bien sanguíneos que nerviosos o biliosos; la gracia, la adudacia, la elocuencia y la astucia, unidas a un don raro de adaptación, se unen para hacerlos irresistibles. No difieren mucho las siete cualidades que otros les atribuyen; valor, salud, generosidad, disimulación, insensibilidad, elocuencia y sensualidad. Se ha señalado una cualidad que es, sin duda, común a todos los seductores: "una elegancia nativa que se manifiesta en la actitud y en el tono, en la manera algo brusca y en la insolente espiritualidad con que trata a los demás sin ofenderlos, y en la soberbia comodidad que conserva en los trances más delicados".

En su aguda "Fisiología del amor moderno" Bourget ha dedicado algunas páginas a estudiar este tipo, en quien el instinto nace exaltado, conjuntamente con las aptitudes congénitas para la seducción. El "amante verdadero" no puede confundirse con el mujeriego que compra el amor como un artículo de distracción o de placer. Presenta rasgos característicos; es siempre amado, a los quince años, a los veinte, a los treinta y aun cuando se aproxima a la vejez. Nada le detiene cuando se trata de amar o de ser amado; siempre estará dispuesto a sacrificar sus deberes y su intereses para seguir el llamado poderoso de su vocación... "De diez, ocho han sido más bien nerviosos que musculares, delgados y esbeltos más que vigorosos y atléticos; pero todos, en verdad, gozaban de ese temperamento que exteroriza una gran vitalidad. Comían bien y digerían mejor, teniendo además esa indefinible facultad de adaptación del movimiento que se llama destreza. En virtud de esa misma

agilidad corporal vestían muy bien, sin preocuparse de ello, porque la elegancia que distingue al amante profesional no consiste en el corte del traje ni en la clase de la tela, sino en una especie de gracia que no se aprende ni se borra con los años", debida a cierta confianza y seguridad de sí mismo. La nativa exageración del instinto suele traer aparejadas ciertas aptitudes para la seducción y la conquista, que no pueden adquirirse. "Entre esos dones, algunos peligrosos y otros seductores, hay uno, sin el cual todos los demás no servirían para nada; este don es el tacto; pero un tacto determinado, un tacto que en él tiene algo singularísimo; es casi un órgano psicólogo al servicio del instinto, y la educación no contribuye para nada a su desarrollo. El amante verdadero comprende a primera vista la influencia que ejerce sobre una mujer; sabe que hay en el mundo una clase a la que gustaría y otra a la que no gustaría por más que hiciese. Se dirá a sí mismo yendo solo, o en alta voz a cualquiera que lo acompañe: "ésta es para mí, aquélla no...", "y hablando o pensando de ese modo el verdadero amante se equivoca pocas veces". Fácilmente se advierte que la exaltación del instinto crea en la mentalidad del sujeto resortes psicológicos que coadyuvan a su más eficaz actuación.

Como véis, Don Juan es incapaz de nublar su amor con quiméricas aflicciones y se resobra como hombre de acción; en ambos aspectos es la antítesis de Werther. Tiene imán y adivina a las mujeres predispuestas a imantarse; cuando libra batallas está de antemano seguro de vencerla. Werther, en cambio, es un perseguidor de imposibles.

Don Juan vive su risueña juventud como un enamorado insaciable y no como un sensual incapaz de amar. Termina sentimentalmente, aprende a sufrir por una y le sacrifica las demás. Así ha comprendido su carácter el siglo XIX; ya no es el instintivo puro de la leyenda primitiva, ni el aamnte monstruoso en quien todo otro sentimiento aparece inmolado a la obsesión de burlar. La transformación del tipo en la literatura comenzó con Lovelace, simpático ya, aunque desalmado todavía, mitad monstruo y mitad caballero, con algunas cualidades morales, sobresalientes y talentos intelectuales no comunes. Ama con el último amor de Don Juan: "Lovelace no corre tras múltiples aventuras; persigue una sola, pero con inflexible tenacidad, Prepara su plan, lo desarrolla y lo ejecuta con una

lógica rigurosa, estrechando lentamente su presa en sus redes, sin dejarle salida posible. En sus maquinaciones reune la habilidad y la sangre fría del político que combina los acontecimientos, con la penetración del psicólogo que juega con las pasiones humanas y las hace servir a sus proyectos; tiene la firmeza del hombre de acción que marcha certeramente a su fin. Sólo usa esos medios para seducir a una mujer, pero con ellos sería capaz de las más extraordinarias empresas: podría ser un conductor de pueblos". Tiene, es cierto, bastante de esa malsindad egoísta que es común a los libertinos de todos los países; pero es distinguido y hombre de honor, luce un agradable ingenio, es elegante por naturaleza y tiene esa gracia física que es lo opuesto del estiramiento y la afectación. Pero, sobre todo, Lovelace adora a Clarisa y muere amándola; es ya bastante Werther, sin dejar de ser Don Juan.

Por eso fué simpático a toda la generación romántica; su capacidad pasional inspiró a Byron y a Musset. Un Don Juan incapaz de amar, mujeriego sin corazón, salteador de víctimas inexpertas, pudo concebirse en sociedades feudales que hacían gala de execrar el amor y de considerar como un pecado el má natural de los sentimientos humanos; Don Juan parecía el peor de los pecadores y era justo exornarle con las cualidades antipáticas que la acercaran más a las puertas del infierno.

Existen, evidentemente, sujetos sensuales y repulsivos que son la caricatura de Don Juan, como Don Quijote lo es de Werther. Son anormales e inhumanos, verdaderos retardados o degenerados afectivos. Quieren mucho y variado, sin apetecer lo selecto; a lo exquisito de mañana suelen preferir lo despreciable de hoy, a lo excelente difícil lo basto fácil; prefieren la belleza suculenta y estremecida a la fresca y rosada; a la ingenuidad tierna la pericia ajada. Poco nos detendremos sobre estos instintivos puros cuya sensualidad sin sentimiento es una forma vecina de la locura moral. Es el "idiotismo sentimental" de Mesalina y nos basta mencionar a la siniestra voluptuosa que busca emociones sin ser capaz de la más leve predilección sentimental; podríamos recordar también las páginas admirables de Emilio Zola pintando en "La bestia humana" la psiquis pavorosa de Santiago Lantier, en quien se equilibran profundamente todas las depravaciones, como si su inadaptación criminal se reflejara también en las torpezas del instinto encargado de prolongar la humanidad a través de los siglos.

En vano artistas eximios han descripto con destreza y maestría a esos atormentados de la carne; sus tipos resultan antipáticos y violentos. Recordad los más de los personajes de Gabriel D'Annunzio, locos de voluptuosidad casi todos, delincuentes pasionales los más de ellos.

Don Juan tiene otra psicología. Hay en ella cierta elevación y nobleza que equilibra sus defectos; nadie concibe un Don Juan cobarde, tonto o interesado. Nunca le confundiremos con el "Bel Ami" de Maupassant, afortunado mujeriego que aprovecha sus éxitos para hacer carrera; ni con "Sapho", que debe gota a gota la dignidad de su Gaussin, el apocado "Don Inés" de la novela de Daudet.

Si el paroxismo de la imaginación puede llevar a los místicos sentimentables hacia la locura erótica, o al desenfreno puro de los sentidos conduce a las más repulsivas formas de la degeneración moral. Werther se vuelve Don Quijote si no recibe algunas lecciones de Don Juan; y éste no le basta ser Lovelace, pues si no aprende a ser un poco Werther se desmorona como un siniestro Lantier.

Bajo otro aspecto, podrían oponerse Werther y Don Juan. El primero se enamora lentamente, por "cristalización", como decía Stendhal; el segundo por "coup de foudre", por flechazo. Cada nuevo amor de Don Juan es un impulso hacia el objeto deseado por su imaginación. Si algo sorprende en él, es la desenvoltura con que trata a las mujeres que ama; no es desprecio, sino simple seguridad de conocerlas, confianza de no equivocarse. Si un episodio sucede a otro naturalmente, es porque su curiosidad es infinita; le tienta lo inesperado, lo extraordinario; no puede resistir ante lo inverosímil. Su audacia es serena y confiada; emprende sus conquistas con naturalidad, como esos domadores que entran sonriendo a las jaulas de las fieras.

Probable es que su psicología se parezca a la del domador, como se parecen dos gotas de agua entre sí, pues el verdadero secreto de ambos está en la creencia de que las fieras son esclavas del hombre y las mujeres del amor. Pero..., como nadie ignora, los domadores suelen terminar devorados en una jaula; de igual modo termina Don Juan, enamorado de una mujer, de la última. Como hay en su espíritu sentimientos sociales, estéticos e intelectuales perfectamente equilibrados, ellos

imprimen a su personalidad ciertos caracteres que pueden servir de base a una verdadera y definitiva cristalización. Antes que se apague su capacidad de amar, Don Juan se enamora, en la acepción más sentimental de la palabra; y ante Doña Inés vemos "todo el altivo rigor de su corazón traidor que rendirse no creía, anhelando — como dicen los versos populares de Zorrilla — la esclavitud de su amor".

IV. — NI WERTHER NI DON JUAN

Digámosle con perdón de Anacreonte; Don Juan y Werther son caracteres incomprensibles sin el atributo de la juventud. Si maldiciente, como si la humanidad fuese culpable de su incapacidad de amar, Don Juan, si no muere en mitad de su carrera, acaba por enamorarse de la "mil y cuatro" y deja de ser quien fué.

La psicología de Werther es, sin duda, más femenina y más viril la de Don Juan; la mentalidad de Werther, que en un hombre inspira compasión, resulta en las mujeres un ideal adaptado a los prejuicios platonizantes de la moral cristiana.

Si hubiéramos de juzgarlos por su acción social, apartándonos de todo juicio ético sobre la significación del platonismo o de la sensualidad, Werther es un personaje más peligroso que Don Juan. Este, en el peor de los casos, será un bandolero consagrado a seducir todos los corazones que se le ofrecen, impelidos por la necesidad de amar; es un salteador de caminos que acecha las presas que le salen al paso, casi siempre sabiendo que él las espera. Werther, en cambio, con mejor intención si se quiere, causa estragos más hondos en los sentimientos ajenos, comprometiendo la paz de los otros con la locura de su pasión; su necesidad de emociones dramáticas le empuja hasta la tragedia. Don Juan es un pícaro risueño; Werther es un delincuente alevoso. Don Juan hurta al descuido; Werther envenena con abuso de confianza. Don Juan canta alegremente su serenata bajo la ventana de mujeres demasiado sensibles a su melodía; Werther mina sordamente la felicidad de hogares venturosos con los ayes entristecedores de su amor culpable.

La compasión que inspira Werther es la de los vencidos; Don Juan despierta envidias, como todos los vencedores. Werther es desequilibrado y sin voluntad; Don Juan es actuante y viril. Las mujeres que miran su hombre ideal como un domi-

nador inteligente, prefieren siempre Don Juan a Werther. Una amante famosa, Jorge Sand, puso en boca de una madre perspicaz el voto sincero de que su hija fuese la última amada de Don Juan y no la primera Carlota de un Werther quejumbroso. Difícil es pronunciar fallo entre dos caracteres extremos; en la elección tendrían mucha parte el temperamento y el sexo. Los hombres parecen preferir una mujer con el corazón de Werther y las mujeres suelen optar por un hombre con la decisión de Don Juan. La oportunidad y las circunstancias pueden inclinar alternativamente las preferencias; Werther es aburrido y tonto en ciertos momentos; Don Juan es en otros desesperante y cruel.

¿Existe un amante completo en quien se equilibren la ternura pesimista de Werther y la hombría optimista de Don Juan? La historia, tan rica de ejemplos como la misma leyenda, nos presenta algunas encarnaciones vivientes de ese arquetipo sentimental: todos conocéis alguno y paréceme el más significativo Alfredo de Musset, tal como lo inferimos de su biografía y de sus versos.

Su vida fué una complicada historia de amor, muchas veces reflejada en su obra literaria. Su psicología oscila entre los más bruscos extremos de Werther y de Don Juan. Es tierno, dulce, tímido, en sus versos *A Ninon*, cuando no osa afrontar la respuesta a la cuestión que agita sus dudas infinitas; y es masculinamente sensual cuando pone en boca de *Rolla* un llamado a la mujer que compartirá su última noche de voluptuosidad.

Y fué alternativamente como sus versos. Amó como pocos, fué pirata y conspirador, seductor y víctima, obsesionado y escéptico, con tal riqueza de variaciones como pocos hombres podrán narrar en sus biografías.

Vivió su obra: para escribir versos de amor que tiemblen en las páginas de un libro es necesario sentir la fiebre perpetua de amorosas pasiones.

Recordad sus amores con Jorge Sand, poema vivido que iguala a los más extraordinarios forjados por la imaginación humana. Recordad que supo embellecer con ingenio todo lo que amó, como si su vasto epistolario amoroso hubiera de conservar a través de los tiempos los ritmos de su corazón, fijados en páginas que son jardines de primavera eterna.

En los versos elegíacos *A Lucie* expresó un deseo para la hora de su muetre: "Mes chers amis, quiand je mourrais, — plantez un saule au cimetiére. — J'aime son feuillage éploré, — la paleur m'en est douce et chére, — et son ombre sera legere — a la terre oú je dormirai". Fué la mano cariñosa de un poeta argentino, Hilario Ascasubi, la que dió cumplimiento al voto de Musset: llevó desde el Plata un sauce para que sus verdes ramas llorasen sobre la tumba del gran poeta y apasionado amante. Conservemos en nuestro cariño la memoria del cantor de Santos Vega, que tuvo el exquisito gusto de cumplir tan delicado voto sentimental.

El primer derecho de la vida es continuarse, indefinidamente. Los amores trágicos de Werther conspiran contra la humanidad, esparciendo en el mundo el *miedo de amar;* contra ese miedo se rebela incesantemente la *necesidad de amar,* simbolizada en Don Juan.

En la vida humana, como en la naturaleza, cada estación tiene sus frutos; justo es que Don Juan encuentre su camino al terminar su alegre primavera. El que sabe amar no debe morir como el suicida; llegado al estío sus sentimientos evolucionan, asegurando la perennidad de sus más nobles atributos.

Nada hay en su psicología que se oponga a esa interpretación optimista.

Del mejor amante la naturaleza hace el más tierno padre, para que renazca en sus hijos y les transmita la antorcha que alumbra el devenir eterno de la vida. Así podemos concebir a Don Juan convertido en el simbólico Pelícano: capaz de rasgarse el pecho y desangrarse para alimentar a sus hijos.

LIBRARY
2°
1979

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF
PN
0024954

01-856-824

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 06 05 02 007 8